

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 542-543

BARCELONA

ABRIL-MAYO 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

VEN, SEÑOR JESÚS.

La humanidad no tiene fuerzas para quitar la piedra que ella misma ha fabricado, intentando impedir tu vuelta. Envía tu ángel ¡oh, Señor!, y haz que nuestra noche se ilumine como el día.

Cuantos corazones, ¡oh Señor!, te esperan. Cuántas almas se consumen por apresurar el día en que Tú sólo vivirás y reinarás en los corazones. Ven ¡oh Señor, Jesús!

¡Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana...!

Oh, María, que lo viste resucitado. María, a quien la primera aparición de Jesús quitó la inenarrable angustia causada por la noche de la pasión. María te ofrecemos las primicias de este día.

Para Ti, Esposa del Divino Espíritu, nuestro corazón y nuestra esperanza. Así sea.



ET NOX SICUT DIES ILLUMINABITUR

PIO XII. Mensaje Pascual. 21 abril 1957

EL REINADO DE CRISTO EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

Conferencia dada en Valladolid por don José M.^a Petit Sullá en la Semana de Teología y Pastoral sobre el tema «El Corazón de Cristo en el mundo de hoy» (13 set. 4 oct. 1975)

Una ojeada al programa nos muestra que el tema del «Reino de Cristo» solamente se trata directamente en esta lección. Personas más competentes —presentes en esta sala— podrían desarrollar mejor que yo este tema; pero, puesto que he sido encargado de su desarrollo, lo haré con mucho gusto.

No expondremos las razones o pruebas de la realeza de Cristo, sino que partiremos de ellas para entrar en el tema más específico, e incluso polémico, de relacionar el Reino de Cristo con lo que es su antinomia más completa: una sociedad secularizada.

Que Cristo es Rey, es una afirmación fundamental que encontramos en los salmos, en los profetas, en el Evangelio, en San Pablo y en el Apocalipsis. Buscar los textos que prueban la realeza de Cristo es, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como buscar agua en el mar. Recientemente, en la liturgia de la fiesta de San Miguel Arcángel, el Evangelio nos narra cómo Jesús viendo por primera vez a Natanael le dijo aquel elogio, seguido de aquella revelación que sorprendió tanto al futuro discípulo que le hizo exclamar: «Tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel». A la divinidad de Jesucristo unía el fiel israelita la realeza que le correspondía. Si escuchamos y leemos con atención los textos sagrados que la liturgia nos propone, encontraremos abundantemente la proclamación de que Cristo es Rey.

La lectura de la encíclica *Quas primas*, de la que celebramos este año el cincuenta aniversario, nos muestra un ramillete esencial de textos escogidos que versan sobre la realeza de Cristo. Pero, en la misma encíclica nos adoctrina Pío XI diciendo que Cristo es Rey en sentido propio y no meramente metafórico. Es decir, Cristo, como hombre, ha recibido del Padre toda potestad y dominio sobre toda nación. No se trata meramente de afirmar que puesto que Cristo es Dios le pertenece todo. Su realeza propia arranca de la promesa formal y explícita de que el Salvador del mundo, el Mesías, es no sólo el propio Hijo de Dios, sino también Rey de Israel, de la vara de Jesé, de la estirpe de David.

Esta realeza propia de Cristo es la que nos configura a nosotros como *pueblo* cristiano. A los cristianos de hoy, que estamos en el seno

de la Iglesia Católica el Concilio Vaticano II nos llama «pueblo de Dios». Pero yo me pregunto: ¿qué se entiende por pueblo de Dios? Si la realeza de Cristo sólo lo es en sentido figurado, nuestra constitución como pueblo no alcanza la misma dimensión y sentido que si Cristo es Rey, como hombre, en sentido propio. Ya el pueblo israelita anterior a la encarnación del Verbo de Dios fue constituido como tal pueblo en virtud de la promesa dada a Abraham. La consumación y plenitud de esta promesa no es otra sino Cristo mismo. Con mayor razón el pueblo cristiano de hoy es verdadero pueblo de Dios, porque tiene la promesa de que un día Cristo Rey ejercerá todos sus derechos sobre su pueblo, que quedará, además, ensanchado reinando en todo el mundo sin excepción (prescindiendo de los rechazos particulares que pueda haber incluso entonces a su divina Persona).

Esta idea grandiosa no la hemos inventado los cristianos con el tiempo, aunque conviene mucho, en el tiempo actual, que la pensemos más a menudo y la meditemos con mayor profundidad, porque ella ha de engendrar nuestra esperanza. Pero ésta es una verdad de fe que, por lo mismo nos exige una doble actitud. Primero, proclamarlo a fin de que sea cada vez más conocido. Esto lo digo sobre todo a los que tienen el ministerio de la predicación como obligación fundamental. Segundo, hay que ser íntegro en esta proclamación, y no quedarse ni en minimalismos ni en construcciones inventadas por nosotros que desfigurarian el verdadero sentido de la promesa.

La urgencia de predicar el Reino de Cristo hoy se acentúa ante la presencia de errores cada vez más cercanos a nosotros que no son sino la reducción y desfiguración anticristiana de un mesianismo naturalista y racionalista, como el marxismo y toda especie de «socialismo cristiano».

Es obvio que si somos el pueblo salvado por Cristo no podemos encerrarnos, y menos complacernos en ello, en una especie de espíritu de élite que no atiende a la gran idea de que hay que salvar el mundo entero. Gracias a Dios el Apostolado de la Oración, cuyo lema es precisamente el más amplio, el advenimiento del Reino de Cristo, nunca ha tenido este espíritu de «selecta minoría» que desatiende el verdadero proyecto divino: es preciso que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Cuando comprendemos la grandeza de la misión que Dios se ha propuesto sobre el género hu-

mano desconfiamos más de todo «método» y de toda solución que no sea la misma que Cristo nos ha propuesto. La salvación de todo el mundo, como nos dice el mismo Pontífice Pío XI en la encíclica *Ubi arcano*, sólo podemos esperarla de la realeza de Cristo. El mundo estará perdido mientras espere su salvación por la cultura, por el progreso, por la ciencia o la técnica o la política.

El lema del Apostolado de la Oración, «venga a nosotros tu Reino», centra perfectamente cual es nuestra esperanza. Notemos que en esta petición, que es la primera del Padrenuestro, no pedimos que nosotros *vayamos a su Reino*, aunque esto hemos también de pedirlo y en cierto modo es la consecuencia inmediata de aquella petición, pues también dijo Jesucristo que el Reino de Cristo ya está entre nosotros. Pero formal y explícitamente la oración que Cristo nos enseñó nos hace pedir que *venga a nosotros* el Reino que el Padre ha entregado al Hijo para que toda la tierra se configure como el pueblo de Dios. La aspiración, por tanto, suprema de todo cristiano es que este mundo se haga el Reino de Cristo. Esta «transformación» no supone la anulación de todas las realidades naturales sino, antes al contrario su perfección por la infusión de la gracia sobrenatural que Cristo trae sobre nosotros.

En un libro, escrito en 1898, sobre el *Reinado social de Cristo sobre el universo mundo*, por don Antonio Martínez Sacristán, Canónigo de la Catedral de Astorga, leemos como lema que preside esta obra estas palabras del Apocalipsis: "*Factum est Regnum uisus mundi Domini nostri et Christi eius*" (Ap. 11,15). La traducción de este fragmento, para quien no haya conocido ya su significado, puede ser esta: El Reino de este mundo ha sido hecho (ha venido a ser) de Nuestro Señor y de su Cristo. En la abadía de Westminster, donde se coronan los reyes de Inglaterra, están también grabadas con letras de oro estas palabras, en latín, del Apocalipsis. Nada mejor que este texto expresa el ideal que debemos propugnar los cristianos, esto es, que esperamos que el Reino de Cristo venga sobre este nuestro mundo y se haga, se configure, por sus hechos y sus palabras, como Reino de Cristo.

El Reino de Cristo, que nos configura como pueblo de Dios, no es una superestructura «añadida» al reino natural, es decir a la comunidad política. Es el mismo reino de este mundo el que

queda elevado a la dignidad de pueblo de Dios, a la de Reino de Cristo.

La sociedad humana, incluso para ser plenamente tal, requiere inspirarse en principios teocráticos que tendrán su completo cumplimiento cuando los pueblos acepten que Cristo es verdadero Rey de todas las naciones. En efecto, el mismo Papa que había instituido la fiesta de Cristo Rey, escribía poco después en la *Ubi arcano* que el mundo no conocerá la paz verdadera hasta que no acepte los derechos de Dios y de su Cristo sobre las naciones.

Sin embargo, la paz es propiamente un bien *natural*, una aspiración de todos los pueblos incluso paganos. Conviene, pues, reflexionar sobre este punto, porque nos aclarará el significado de la realeza de Cristo en relación con el estado actual de la sociedad.

Cuando Pío XI escribía que fuera del Reino de Cristo no habrá paz en el mundo expresaba, sin duda, una verdad de mayor profundidad de lo que acostumbramos a pensar. Significa nada menos que, siendo la paz el fin principal de la organización social, este bien político no puede obtenerse sin la aceptación de nuestra configuración como Reino de Cristo. Si el Príncipe de la Paz es rechazado, se apodera del mundo el padre de la discordia. La historia entera está configurada, incluso a nivel natural, por esta realidad trascendente. Fuera del Reino de Cristo, rechazando explícitamente la «conversión» hacia nuestro Soberano Salvador, la misma sociedad humana queda herida en su más elemental constitución como pueblo: La paz queda como tarea imposible.

En la mencionada encíclica *Quas primas*, escribe Pío XI, que «la Iglesia debe regir todos los pueblos». Ya casi no reconocemos este lenguaje, cuando hemos oído últimamente minimizar la misión de la Iglesia en el orden político. Y, sin embargo, esta encíclica no fue escrita en la edad media sino en 1925, esto es, en todos los sentidos, en nuestro tiempo. Más aún es para estos tiempos, los nuestros, para los que de un modo especial, van dirigidas estas palabras.

Mucho nos hemos confundido, con la idea sofística y malintencionada de que hay que saber «separar» el plano natural del sobrenatural. Estos planos hay que distinguirlos no para separarlos, sino para unirlos jerárquicamente. El fin último de la misión de la Iglesia es la salvación de los hombres, pero esta misión es irrealizable,

por la misma realidad de la naturaleza humana, si la sociedad, como tal, no acepta este mensaje de salvación. Nada de lo que Dios quiere, incluida la salvación eterna, viola el orden natural creado por el mismo Dios. Todos nosotros hemos sido bautizados por deseo de nuestros padres, de los que hemos recibido después una constante educación cristiana, la cual sólo en el seno de una sociedad cristiana hubiera sido posible, por la necesaria intervención de la educación a un nivel que traspasa las posibilidades estrictamente paternas. Hemos sido privados de escándalos, que han protegido nuestra inocencia, por leyes justas emanadas de la autoridad, y, en definitiva, si ustedes lo piensan bien, siendo el hombre social por naturaleza, no podría ni recibir, ni conservar, ni ejercer y cumplir sus deberes cristianos, en una sociedad que rechazara el sentido trascendente de nuestro ser y lo redujera a «ciudadanos» de una ciudad que no quiere saber nada con la ciudad de Dios.

Con esto entramos de lleno en el tema de nuestra lección. El cristiano, frente a una sociedad secularizada, no puede adoptar otra actitud que la de recordar, con Pío XI, que la fiesta de Cristo Rey se instituyó *precisamente* porque «estos tiempos en que el laicismo está inficionando la sociedad, exigen que proclamemos más y más la Realeza de Cristo». A los cincuenta años de la proclamación de estas palabras, nuestra situación ha empeorado, ciertamente, y no por otra razón, sino por la desatención de estas palabras del Romano Pontífice, el cual escribía en la *Quas primas*: «Si mandamos que Cristo Rey sea reverenciado por todos los católicos, por lo mismo, habremos mirado por la necesidad de estos tiempos, habremos aplicado un remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad».

¿Cuál es la peste que ha inficionado la sociedad? El mismo Pontífice lo aclara al proseguir: «Nos referimos al que llaman laicismo, peste de nuestros tiempos, a sus errores y malvadas tendencias, el cual crimen por cierto, venerables Hermanos, sabéis que no maduró en un solo día, como quiera que hacía ya tiempo que estaba latente en nuestra sociedad, en sus entrañas». Y conviene todavía seguir, en las breves y apretadas palabras del Papa, cual ha sido el curso de este laicismo: «Comenzó a negarse la soberanía de Cristo sobre todas las gentes, negóse lo que brota del mismo derecho de Cristo, es decir, el derecho de la Iglesia de enseñar al género huma-

no, de dar leyes, de regir los pueblos que han de ser llevados a la eterna felicidad».

Para cumplir la misión de llevar los pueblos a la eterna felicidad, la Iglesia pide que le sea reconocido el derecho de «regir los pueblos», y de modo especial el derecho a enseñar al género humano. Ahora bien, ésta es la misión principal de la Iglesia y no un «complemento» deseable aunque no esencial. Es una exigencia del derecho de Cristo en tanto que es el Rey del universo, y es también la única garantía de nuestra salvación y, lo que es más desconocido, la prenda segura de nuestra constitución como pueblo pacífico.

La situación actual no ha variado en nada esencial, tan sólo han aumentado los males, anunciados por los Pontífices reiteradamente, como consecuencia de la sucesiva penetración del laicismo en todas las esferas de la sociedad. El laicismo ha penetrado ahora en la familia, en la escuela, en la calle, en los espectáculos, en la literatura, en el arte y, en fin, en todo cuanto atañe a la vida del hombre.

Pero, el laicismo no es otra cosa que lo que hoy llamamos la secularización. Aunque la palabra tiene diferente raíz, siempre se ha aplicado indistintamente: laico o secular significa lo que no está referido a Dios sino al mundo. De ahí que la situación actual de la Iglesia sea mucho más grave de lo que podemos pensar, pues, como lo escribía Pío XI en la *Quas primas*, a continuación del texto antes citado, «se equiparó poco a poco la religión de Cristo con las falsas y se la colocó muy indecorosamente en el mismo plano. A continuación se la sometió al poder civil y se la expuso casi por completo al capricho de los príncipes y magistrados».

No hay que hacerse ninguna ilusión sobre las verdaderas intenciones secularizadoras. La supuesta indiferencia del mundo por Cristo es solo una etapa de su progreso hacia el odio con que la mira hasta *someterla* al capricho de los poderes temporales. Esta es la verdadera historia que preside las relaciones entre lo que se llama «la Iglesia y el Estado».

El dilema real no puede ser expresado en términos sociológicos, que no expresan la tremenda lucha entre el Rey celestial y el ahora príncipe de este mundo. Una sociedad secularizada no es una sociedad «indiferente» que no se entromete en la religión. O la Iglesia rige a los pueblos o éstos dominan a la Iglesia expulsando el solo nombre de Cristo de su seno. De ahí que tenga-

mos todavía que recordar otro fragmento de la citada encíclica, para entender la tarea a la que somos llamados cuantos sentimos la ineludible necesidad de propagar el Reino de Cristo. «Con cuanto más indigno silencio —leemos en la *Quas primas*— se omite el nombre de nuestro Redentor en las asambleas internacionales y en los parlamentos, tanto más alto conviene que se proclame y que se afirmen más extensamente los derechos de la realeza y poder de Cristo».

Los derechos de la realeza y poder de Cristo han de ser hoy, según la indicación del Papa, más proclamados que nunca, pues es mayor el silencio que rodea a nuestro Redentor en las cuestiones políticas nacionales e internacionales. De no hacerlo así la humanidad inventará sus propias religiones anticristianas. El mundo actual está dividido entre el comunismo y el positivismo. El carácter «religioso» del comunismo ha sido notado por Toymbee. En efecto, el sistema marxista es algo más que un sistema político, pues abarca todo el sistema de las concepciones, desde la familia hasta el trabajo, la diversión, el arte e incluso el anhelo espiritual del hombre. Sobre todas estas cuestiones el comunismo dice lo que hay que pensar, lo que haya que sentir y lo que hay que hacer. La religión de la humanidad que instituyó el positivismo es, en nuestro mundo occidental, la sustitución de toda idea de Dios trascendente, de toda idea de vida futura personal y pone en las relaciones sociales el carácter de lo «sagrado» que niega, a su vez, para lo que llaman las «antiguas formas de religión».

Si por sociedad secularizada entendiéramos indiferencia y libertad de cultos estaríamos completamente equivocados. En una tal sociedad, como lo dijo Pío XI, la religión de Cristo será dominada y sometida al servicio de religiones políticas de inspiración satánica.

Ciertamente, deberíamos pensar la oración del Padrenuestro en el sentido de la traducción más literal con que la encontramos en el Evangelio de San Mateo «no nos pongas en la tentación» porque, en efecto, estamos tentando a Dios si creemos que podremos conservar la fe en un mundo descristianizado en el que solo se nos ofrecen incitaciones a la mundanidad en todos los sentidos, ¿conservarán la fe nuestros hijos si asisten a una escuela anticristiana, si escuchan mayoritariamente desfiguraciones racionalistas del contenido de la religión, si se ponen a su alcance un cúmulo de obras de teatro, de películas cuyo con-

tenido es esencialmente anticristiano? Muchos son los que están naufragando en su fe en este tiempo y muchos son, desgraciadamente, los que lo harán a no ser que muy humildemente oremos repitiendo con Cristo «no nos pongas en tentación», es decir, «venga a nosotros tu Reino».

En efecto, no basta una buena pedagogía, unos padres responsables, una escuela y un cine católicos. Necesitamos instaurar *todas* las cosas en Cristo según el lema de San Pío X. Este lema es el único que está en proporción con los males que aquejan a nuestro mundo secularizado, porque es el único que es su antítesis radical. De nada servirán las medias tintas y las vanas ilusiones que no tienen en cuenta la magnitud de lo que se nos echa encima. La conciliación del Reinado de Cristo con una sociedad secularizada supone la incomprensión total de tres factores: Primero, del sentido de que Dios es un Dios celoso. Segundo, de cual es la naturaleza humana, eminentemente social. Y la tercera, de lo que significa realmente una sociedad secularizada que quiere «superar» la religión revelada como perteneciente a la «infancia» de su desarrollo.

Finalmente, también deberíamos atender a la traducción literal de la oración del Padrenuestro

que Cristo nos enseñó. Apartados de toda tentación le pedimos finalmente «libranos del malvado». Porque, en efecto, no ha de librarnos Dios de cualquier mal, sino ante todo y sobre todo del que es inspirador de todo mal, del homicida, padre de la mentira, príncipe de este mundo.

Los protagonistas de la historia, y ello no supone en absoluto ningún tipo de maniqueísmo, son el Príncipe de la Paz y el Padre de la Mentira. Esto no es maniqueísmo puesto que Satanás, a quien tanto se refiere Cristo en el Evangelio no es más que un ángel caído, que odia a Dios y envidia a los hombres. Pero, en este tiempo, el diablo anda suelto buscando la perdición de los hombres. En la esperanza en que cuando Cristo reine en todo el mundo será encadenado, como dice el Apocalipsis, luchemos esperanzados para que a nuestra sociedad secularizada siga la sociedad fiel a Cristo. Para ello pedimos el advenimiento de su reinado que si ha de conciliar todas las dimensiones de la vida humana, ahora tan oprimidas, no ha de conciliar, como insensatamente creen algunos, el bien con el mal, la verdad con el error, la unidad de Cristo con la pluralidad de los falsos mesianismos.



SUMARIO

EL REINADO DE CRISTO EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA, por José M.' Petit Sullá.

REINA DEL CIELO DIGNISIMA, alocución del Cardenal de Sevilla, Pedro Segura.

LA SANTISIMA VIRGEN MARIA MODELO DE VIDA ESPIRITUAL, por Roberto Cayuela, S. I.

SEDES SAPIENTIAE, por Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

NECESIDAD DE LA ALEGRÍA EN EL CORAZÓN DE TODOS LOS HOMBRES, de S. S. Paulo VI.

COBRAD ANIMO Y LEVANTAD VUESTRAS CABEZAS... (S. Lucas, 21,8,33).

EN LA PACIENCIA HAY PERFECTA ALEGRÍA, de «Las florecillas de San Francisco».

SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS, por Manuel M. Doménech.

AL MEDIO SIGLO —EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA— SE MANIFIESTA LA GRAN SUBVERSION Y SU CONTRASTE: LA NUEVA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY - LVII, por Luis Creus Vidal.

Reina del cielo dignísima

Alocución sabatina, dada en la Catedral de Sevilla el 13-III-1948, por el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Pedro Cardenal Segura y Sáez, Arzobispo de Sevilla.

En el Reino de Jesucristo, al lado del Rey, aparece la Reina

Reina por ser Hija del Padre, Reina por ser Madre del Hijo y Reina por ser Esposa del Espíritu Santo.

A este propósito suele citarse el Salmo XLIV, que es reconocido por todos los sagrados intérpre-

tes como mesiánico, y en el cual se describe brillantísimamente como Rey al Mesías.

En el versículo 10 se dicen estas palabras: «Presente está la Reina a tu mano derecha, con un vestido de oro y rodeada y circundada de preciosísimos adornos».

La generalidad de los autores ascéticos interpretan ese versículo 10, en que se nos presenta a la derecha del Rey la Reina, diciendo que se trata de la Madre del Rey, o sea de la Santísima Virgen.

No es esta la interpretación común de los sagrados autores. Más bien se inclinan todos al pensamiento de que esa Reina, que nos describe el Profeta David, no es la Madre del Rey, sino la Esposa del Rey, la Iglesia, vestida de variedad. Y a la iglesia, su Esposa, se dirigen las palabras del versículo 11: «Oye, hija y ven; abandona la casa de tu padre y el Rey codiciará tu hermosura».

Bien es verdad que la Iglesia está representada por su elemento principal, que es la Santísima Virgen, pero hemos de prescindir de esta comparación para hablar de los títulos verdaderos en que se funda la realeza de la Santísima Virgen.

Reina y Madre de Misericordia

Se han elevado repetidas instancias a la Santa Sede, en diversas épocas, pidiendo al Santo Padre sea declarada la fiesta de la Realeza de la Santísima Virgen así como el Papa Pío XI declaró la Fiesta de la Realeza de Jesucristo, su Divino Hijo.

Está en la mente de todos los doctores de la Iglesia esta Realeza de la Santísima Virgen y de ella está impregnada toda la sagrada Litúrgica, en tal forma, que son innumerables los modos y los títulos bajo los cuales se nos presenta la imagen de la Santísima Virgen.

«Reina del cielo, Reina de los Angeles, Reina dignísima del mundo, Reina Máxima». Con todos estos apelativos la llama la Iglesia y la invocan los Soberanos Pontífices.



La Teología y la tradición la llaman Reina.

Tiene, pues, otro fundamento solidísimo y cierto la Realeza de la Santísima Virgen, que podemos denominar teológico, ya que las razones en que se apoyan estos títulos de la Reina del cielo, son razones ciertas que apoya la teología católica.

La Realeza de la Santísima Virgen se demuestra evidentemente por la tradición de todos los Santos Padres, en tal forma, que puede decirse que no hay sermón de Santo Padre, en que se hable de cualquiera de las fiestas de la Virgen, y en que no se le aplique el título honrosísimo de Reina y Soberana.

Este título dulcísimo nos explica un aspecto importantísimo de la Santísima Virgen, que debemos tener muy presente. Es propio de las reinas el ejercer la misericordia, reservándose para los reyes la aplicación de la justicia.

Mediadora por excelencia.

Propio es de las reinas, como aquella reina Ester, la mujer del rey Asuero, la intercesión por sus súbditos. Y este es otro de los títulos que tiene la Santísima Virgen como Reina, ya que ella es Mediadora entre su Divino Hijo y los hombres. Ella es la que otorga todas las gracias, por cuyas manos pasan todos los favores que el cielo dispensa a la tierra.

«Reina Máxima» la llaman los Santos Padres, para que ponderemos que Ella, con sus cualidades especiales, por la gracia de que está llena, por la belleza de su alma y por las dotes mismas de su cuerpo, sobresale entre toda la creación y dirige al mundo. «Reina Máxima, que supera a todas las criaturas del cielo y de la tierra».

Las advocaciones de las letanías.

Por eso la Santa Iglesia le invoca en las letanías lauretanas con el título de Reina: «Reina de

los Angeles, cuya pureza supera a la pureza angélica; «Reina de los Patriarcas y Profetas», porque los Patriarcas y Profetas fueron destinados por Dios para anunciar a la Reina que había de venir, y esta Reina Santísima era la que había de cerrar el Antiguo Testamento, para promulgar la Nueva Ley; «Reina de los Apóstoles», porque Ella, como Madre de la Iglesia, con su bendición, los envió por todo el mundo. ¿Y cómo no hemos de recordar nosotros, hablando de este título de Reina de los Apóstoles, la protección de la Reina Dulcísima para con España, mandándonos a su Apóstol predilecto, Santiago, para que viniera a evangelizar este suelo, del que Ella quiso venir a tomar posesión personalmente en su vida mortal?

«Reina de las Vírgenes», ya que en pos de Ella habían de levantarse legiones de vírgenes que acompañarían a su Hijo Inmaculado. «Reina de los santos», porque Ella sola tiene, como dice un teólogo, más santidad que los santos todos reunidos.

«Reina de todos los reyes y Reina dignísima nuestra», ya que tenemos el consuelo de gloriar-nos en invocarla con este título hermosísimo de Nuestra Señora de los Reyes, en el cual Ella se complace de un modo extraordinario y por medio de esta advocación otorga innumerables gracias a esta ciudad y Archidiócesis.

Es, pues, digno remate de todas esas prerrogativas que hemos expuesto en estos días de la Realeza de Jesucristo y su divino reinado entre nosotros, la advocación de Reina.

Ella es nuestra Madre amantísima; que nosotros seamos, al mismo tiempo que sus hijos amantísimos, sus vasallos y súbditos, sus fieles leales, dispuestos a defender su honor y proclamar su gloria en la tierra y a extender su reinado por todas partes, sabiendo que de este modo correspondemos a ese amor, verdaderamente maternal, que Ella nos dispensa.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

MAYO

GENERAL: *«Que los medios de comunicación social respeten el derecho a una justa información.»*

MISIONAL: *«Que los medios de comunicación social en las regiones de las misiones reconozcan y protejan la dignidad humana.»*

LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, MODELO PERFECTO DE LA VIDA ESPIRITUAL

ROBERTO CAYUELA, S. I.

Nos permitirán nuestros lectores que, por la importancia del asunto, dediquemos una primera parte de él a la explicación, algo detenida, de lo que es la vida espiritual; para que después, en su segunda parte, y a la luz de la primera, veamos que en realidad la Virgen María es para todos nosotros Modelo perfecto de la vida espiritual, tal como previamente la describimos.

Ante el continuo y creciente oleaje de vida

carnal, sensual y sexual, que tiene corrompida y en tristísima decadencia y abyección moral a una inmensa parte del mundo de hoy, hemos de levantar muy alto la voz para proclamar que esa vida no es digna de un ser racional, y menos de un cristiano; y que la vida digna y propia de la persona humana racional, y más de la persona cristiana, es la vida espiritual. Comencemos por exponerla.

I.—La vida espiritual.

Como punto de partida en nuestro camino, y como faros luminosos que nos guíen en todo él, vamos a aducir dos textos de San Pablo, que se completan mutuamente.

1.º «Si Spiritu vivimus, spiritu et ambulemus» (Gal., 5, 25): Ya que vivimos por el Espíritu, caminemos, o sea vivamos y procedamos con espíritu.

Aunque San Pablo se refiere aquí directamente y de un modo principal al orden sobrenatural de la Gracia, es muy conveniente decir de antemano lo que ya el Santo Apóstol presupone: a saber, que también es verdad aun en el orden natural y humano, lo que San Pablo nos dice; pues ya que vivimos por nuestra alma, que es espiritual, hemos de vivir espiritualmente; es decir, una vida racional; dejándonos guiar por la recta razón; una vida de consideración y reflexión; conforme a lo que debe ser un viviente racional, hecho a imagen de Dios, que es Espíritu purísimo. De lo contrario, nos sucederá lo que ya en sus lejanos tiempos lamentaba el Profeta Jeremías, y nos lo ha repetido con triste acento de convicción el Papa Pío XI, casi en nuestros días: «La tierra está su-

mida en profunda desolación moral, porque apenas hay quien considere, quien reflexione en su corazón» (Ier., 12, 11). Y es que así como el entendimiento reflexivo, según observó profundamente San Agustín, es el principio de todo bien, en cuanto al hombre le toca; por el contrario, la irreflexión, la inconsideración, la vida de solos sentidos y solas impresiones sensibles y materiales, es el terreno abonado para toda desviación intelectual y para toda quiebra moral.

Pero esta verdad se nos muestra mucho más patente y luminosa en el orden sobrenatural; que es al que se refiere directamente San Pablo, en el texto citado: «Ya que vivimos por el Espíritu, caminemos en espíritu.»

El Espíritu de que habla aquí San Pablo es el Espíritu Santo; el cual después de nuestro Bautismo cristiano, es para cada uno de nosotros, miembros del Cuerpo Místico de Cristo, no solamente el primer principio de la vida divina en nosotros, o sea de nuestra dichosa participación de la vida divina; sino también el principio inmediato de toda nuestra actividad sobrenatural; ya que, animados o vivificados por el Espíritu Santo, vivimos en la Gracia de Dios; y regidos,

iluminados y fortalecidos por el Espíritu Santo, caminamos en la Gracia de Dios, en la vida de hijos de Dios.

La vida espiritual cristiana nos la infunde el Espíritu Santo, en virtud de los merecimientos de Cristo, por la Gracia santificante o habitual; y después, la luz y la fuerza para vivir y caminar sobrenaturalmente por el camino de Cristo, que es el camino de la santidad cristiana, nos las comunica el mismo Espíritu Santo por las virtudes infusas (teológicas y morales); por sus siete dones, sus doce frutos y sus variadísimos carismas; y por sus ilustraciones y mociones actuales. En virtud de este múltiple influjo en nosotros, del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, y de cada uno de sus miembros.

2. Empero no basta que el Espíritu Santo, inhabitando en nosotros, aun en nuestro cuerpo, como en su templo vivo, nos guíe, ilumine y fortalezca, moviéndonos para toda obra buena sobrenatural, merecedora de vida eterna. Es, además, de todo punto necesario que nosotros cooperemos a la acción interna del Espíritu Santo, con una correspondencia voluntaria y libre; fiel y dócil; es preciso que nos dejemos guiar y regir por el Divino Espíritu, oyendo sus inspiraciones y siguiéndolas con el orden del amor que El nos infunde. Y tan sólo así somos hijos en verdad de Dios; y nos portamos, vivimos, caminamos como hijos de Dios.

Es lo que en segundo lugar nos enseña San Pablo; el otro faro de luz que nos alumbró en esta explicación. «Cuanto son guiados y se dejan guiar por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (Rom., 8, 14). No hay otra genuina vida espiritual cristiana que la que guía y mueve el Espíritu Santo; pero con nuestra activa cooperación a su acción divina, con nuestra libre correspondencia a sus ilustraciones y mociones íntimas.

Por esto, al manifestarnos el Concilio Vaticano II, y como ningún otro Concilio lo ha hecho, la «Universal vocación a la santidad en la Iglesia»; y después de habernos hecho ver que Cristo es el que nos llama a todos a la santidad, a la vida en verdad espiritual; nos enseña claramente los rasgos esenciales de esta vida espiritual, que es la santidad cristiana; y nos dice: el rasgo primero y fundamental, la característica primordial, es «ser guiados por el Espíritu de Dios»; es decir, que al guiarnos El, nos dejemos guiar por El;

ni tan sólo sin resistencias, sino con toda fidelidad. (L. G., Cap. 5.º)

Así entendida, que es como debe entenderse, la vida espiritual cristiana es nada menos que un reflejo y participación iniciada en la tierra, para consumarse en el Cielo, de la vida Trinitaria de Dios; de la vida que existe en lo íntimo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre nos revela y anuncia su santidad en el Hijo, por el Espíritu Santo. Y no tan sólo nos la revela y anuncia, sino que la realiza maravillosamente en nosotros, para que viviendo esa vida espiritual, reflejo de la vida santísima de Dios, participemos, aun en el tiempo de nuestra peregrinación terrestre, y de un modo todavía incipiente e imperfecto, de aquella vida Trinitaria de Dios, que participaremos eternamente y de una manera plena y perfecta en el Cielo, al ser del todo semejantes a Dios, por verle a El cara a cara, tal como El es, según nos dice San Juan (1 In., 3, 2).

Y como en Dios, su vida divina, que se nos revela en el Misterio de la Augustísima Trinidad, no termina con la generación eterna del Hijo, que es la Sabiduría infinita, sino que termina y tiene como su cumbre, en la espiración del Espíritu Santo, que es el Amor infinito con que se aman el Padre y el Hijo, por lo cual es la Fuente de la santidad; de modo semejante en nosotros; pues nuestra vida espiritual de santidad no está tanto en conocer con mucha sabiduría, cuanto en amar con mucha caridad.

Para que veamos que la vida de santidad se llama y es vida espiritual porque la guía, la ilumina y la mueve el Espíritu Santo; por eso, y para que entendamos bien que El es quien nos da la vida del espíritu, se hace referencia unas trescientas veces al Espíritu de Dios, como Espíritu Santificador, en el Nuevo Testamento.

El creyente se incorpora a Cristo, y nace a la vida divina de la Gracia, por el Bautismo «del agua y del Espíritu Santo» (Jn., 3, 5); y el Bautismo es «el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo» (Tit. 2, 5). La santidad es atribuida, con la justificación, «al Espíritu de nuestro Dios» (Cfr. 1 Cor., 6, 11 sgs.). Y el perdón de los pecados es obra del Espíritu Santo, dada por Jesús Resucitado (In., 20, 22-23). Más aún; nos dejó Cristo un Sacramento, propiamente dicho, para comunicar a los fieles, junto con el impulso del crecimiento y desarrollo de la vida espiritual de santidad divina, recibida en el Bau-

tismo, la plenitud del Espíritu Santo, para que vivamos, no la vida carnal, sensual y sexual, sino la vida espiritual. En el Sacramento de la Confirmación. Y así, en el cristiano «habita el Espíritu de Dios» (Rom., 8, 9 sgs.); y el mismo cristiano es templo vivo de Dios; templo santo, aun en su propio cuerpo; con la consecuencia, por nuestra parte, de inviolabilidad moral, de casta pureza, de vida espiritual santa.

En fin, para decirlo en resumen, con una expresión breve, y con las autorizadas palabras del Concilio Vaticano II, la vida espiritual, que es la vida de santidad cristiana, a la que todos somos llamados por Cristo en cualquier edad, condición o género de vida, es una vida «de fe viva, que excita la esperanza, y obra por la caridad» (L. G., n. 41).

Mas, para vivir esta vida espiritual, es condición necesaria e indispensable mortificar la vida carnal. Es lo que Cristo nos dijo clara y terminantemente: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome a cuestras su cruz, y sígame» (Mt., 16, 24). Es la palabra de la Cruz» la participación que todos los cristianos hemos de tener en la Cruz de Cristo. Así nos lo enseña y repite en variadas formas San Pablo: Si vivís según la carne, habréis de morir; mas si con el Espíritu hacéis morir las obras malas de la carne, viviréis (Rom., 8, 13). Y al darnos el principio fundamental de la vida espiritual cristiana, nos dice: Morísteis (al pecado, en el Bautismo); y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios... Mortificad, pues, los cuerpos terrenos, fornicación, impureza...» (Col., 3, 3-5).

En modesto resumen hemos intentado delinear lo que es la vida espiritual cristiana. Detengámonos ahora todavía unos instantes, para recordar las formas en que se realiza esta vida espiritual; y así, podremos después presentar mejor a la Bienaventurada Virgen María, como perfecto modelo de esta misma vida espiritual, que hemos descrito, y en esas sus mismas formas que vamos a indicar.

Tres son estas formas; a saber: vida espiritual activa, vida espiritual contemplativa, y vida espiritual mixta, así llamada porque es la unión de ambos, como hermanadas la una con la otra, a ejemplo de Cristo en toda su vida, y singularmente en los años de su ministerio apostólico público.

Son tres clases de vida espiritual; y se llaman con los nombres sobredichos, por las obras, ocu-

paciones o ejercicios en que cada una de ellas se realiza.

a) La vida espiritual *activa* es el modo de vivir el cristiano espiritualmente, cuando sus ocupaciones se dedican de una manera principal a obras *externas* para su propia salvación y santificación; y también para ayudar a la salvación y santificación de sus prójimos, ejercitando con ellos el ministerio de la palabra en sus varias formas, y las obras de misericordia, tanto las corporales como sobre todo las espirituales, y que son la manifestación auténtica y el ejercicio práctico de la caridad.

b) La vida espiritual *contemplativa* es un modo de vivir dedicado principalmente a las obras *interiores*, con las que el alma sube al conocimiento y amor de Dios por las gradas o escalones de la mística escala espiritual; lectura espiritual de la palabra de Dios, en sus fuentes, o de los libros que la exponen y la aplican a la vida práctica; meditación, oración de petición, y contemplación; llegando así a la perfecta unión con Dios, cuanto cabe tenerla en esta vida terrena; y que es la unión de las voluntades: la nuestra con la de Dios, en un mismo querer y no querer.

c) Y estas dos maneras de vida espiritual se hermanan y se ayudan maravillosamente la una a la otra, en la mezcla o conjunto de las obras de ambas; de donde resulta la vida espiritual, que se llama *mixta*, como compuesta de las dos, y que abraza lo más perfecto que hay en cada una de ellas.

Estas tres clases de vida espiritual cristiana las han visto, con unánime sentencia los Santos Padres y Maestros de la vida espiritual, representadas hermosamente en el admirable pasaje evangélico de la casa de Betania, cerca de Jerusalén; donde dos hermanas, Marta y María, hospedaban a Cristo Nuestro Señor; pero mientras Marta se afanaba por los quehaceres todos del santo hospedaje, estaba María a los pies de Jesús, escuchando sus palabras de vida eterna.

Y es el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, el que mejor que nadie y con doctrina incomparable ha tratado de estas tres formas de vida espiritual, de sus características, y de la relación que tienen entre sí, en las Cuestiones 179 a la 182, de la Parte de su Suma Teológica, que suele llamarse «Pars secunda secundae». Quien quiera ver cosa buena, vaya allá.

II. — De esta vida espiritual es perfecto Modelo la Virgen María.

Con toda seguridad podemos tener a la Virgen María por Modelo perfecto en nuestra vida espiritual cristiana, y en sus tres formas; y podemos seguramente poner todo nuestro empeño en imitar sus ejemplos, porque Ella primeramente tuvo a su Divino Hijo por Modelo perfectísimo de su vida, y le imitó más y mejor que nadie. Y así es que puede decirnos María con mucha más razón que San Pablo: «Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor., 4, 16). Será éste el nuevo y más esplendente faro que nos guiará en la segunda etapa de nuestro camino.

En verdad Cristo Jesús vino a ser no sólo nuestro Maestro, sino también nuestro dechado, modelo y ejemplo perfectísimo y universal de toda perfección, en todo género de vida espiritual y santa, y para toda suerte de personas. Por eso, después que en los treinta años de su vida privada, se nos mostró como ejemplar de vida santísima, y concretamente de vida activa y contemplativa, y de la unión y concordia de ambas, aunque entonces ocultamente, en silencio, humildad y obediencia; ya más tarde, en los tres años de su ministerio apostólico se nos presentó como dechado perfectísimo de lo mismo, pero ya en forma patente y pública; a la luz del mundo, a vista de los hombres, para ejemplo de todos en todos los tiempos; pues en aquellos tres años nos dio heroicos ejemplos de las obras más excelentes de la vida activa y de la contemplativa, hermanándolas ambas con maravillosa perfección, más divina que humana; según lo vemos de continuo en el Santo Evangelio con meridiana claridad; y nos lo declara también el Doctor Angélico, en la Parte 3.^a de su Suma Teológica, Cuestión 40.

Pues bien; trasunto perfecto y reflejo soberano del ejemplo de Cristo, fue su Santísima Madre la Virgen María; en lo cual quiso la Providencia paternal de Dios que tuviésemos un dechado y modelo del todo asequible, y que nos llevase de la manera más suave y eficaz al Modelo supremo, su Santísimo Hijo Jesús. Así es Ella nuestro Modelo admirable por estar tan cercana a Cristo; como Madre de El; y un Modelo nuestro amable, ambilísimo, por estar tan cercana a nosotros, como Madre nuestra.

Cosa fácil, y por demás suave y consoladora, será probar lo que acabamos de proponer.

Lo haremos, primero, en términos generales,

presentando a María como perfecto Modelo de vida espiritual; y después pasaremos a presentarla como perfecto dechado de la vida activa, de la contemplativa, y de la unión de ambas en una sola vida espiritual, a la vez activa y contemplativa en todo.

1.º Si leemos atentamente el Evangelio en todo cuanto directa o indirectamente se refiere a María, no podremos menos de caer en la cuenta de que vivió una perfecta vida espiritual; y en tal manera, que bastará recordar lo que hemos expuesto en la primera parte del artículo, para decir con plena convicción: esto fue la Virgen María; todo esto que es y comprende la vida espiritual, lo vemos realizado en María, y en grado eminentísimo.

Y si del Evangelio, pasamos a las más antiguas y sólidas tradiciones de la Iglesia sobre la Virgen María, nos confirmaremos en la persuasión de que Ella vivió una vida espiritual perfectísima. Fueron los Padres y los Escritores Orientales los que, como más cercanos a las regiones donde había vivido María, pudieron recoger mejor y como en su fuente, los recuerdos que de su santísima vida se conservaban en la Iglesia, ya oralmente, ya por escrito. De Oriente nos llegó a Occidente todo aquel rico caudal de datos y recuerdos sobre la Madre de Dios. San Ambrosio fue quien mejor que nadie los recogió, y trazó con ellos la más viva imagen de la vida de María, y en orden a nuestra imitación.

Añadamos ahora, más en concreto, que María es Modelo perfecto de vida espiritual cristiana, por su vivísima fe, su firmísima esperanza, y su ardiente amor de caridad.

En la Visitación, la alaba Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo; y la alaba por su fe, con la cual se complació sumamente el Señor: una fe a toda prueba; pues creyó firmemente que era verdadero Dios, Hijo Unigénito del Padre, y un solo Dios en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, aquel Niño que Ella daba a luz; pobre, indigente, necesitado de todo; al que había de alimentar con la leche de sus pechos; la había de lavar y limpiar; al que había de envolver en pañales, y recostarle, o tenerle en sus brazos, porque no podía sostenerse ni andar; ¡y era el Todopoderoso! Hasta hubo de llevarle al destierro de Egipto, para salvarlo de las manos



IGNACIO M.
SERRA GODAY
MCMLI

de Herodes. Ante tales humillaciones del Hijo de Dios, la fe de María no vaciló. ¡Fe heroica la de María!

Y no menos heroica su esperanza; pues a pesar de todas las cosas en contrario, y, sobre todo, después de la Pasión, Muerte y Sepultura de Jesús, esperó firmísimamente que resucitaría, y que se cumplirían todas las predicciones que El había hecho.

Pero, sobre toda ponderación, heroico su amor de caridad; pues se dio y entregó como Esclava a la voluntad divina, para cooperar con su Divino Hijo a su obra de redención y salvación del género humano; y para esto, adherida con el amor más puro y santo a Jesús, unidísima con El, le dio la suprema prueba de su inmenso amor, al pie de la Cruz. Fue una vida indisolublemente unida por el amor de caridad más perfecto a la persona y a la obra de su Divino Hijo.

2.º Mas en particular, recordemos brevemente los ejemplos que nos dio María de las tres formas de vida espiritual.

a) Vida activa. — Se sometió María con toda su alma y con todas sus fuerzas a la ley del trabajo, estatuida al hombre por Dios. Sabía por las Divinas Escrituras los bienes del trabajo ordenado y asiduo; y más cuando el trabajo se emplea con recta intención de agradar a Dios, con obras de santificación propia y de ayuda a la salvación y santificación de los prójimos.

Según antiquísima tradición, aceptada por la Iglesia en la Fiesta de la Presentación de María, el 21 de noviembre, fue Ella, siendo aún muy niña, llevada por sus padres San Joaquín y Santa Ana, al Templo de Jerusalén, para que se ofreciese en él al Señor, y se quedase en un como Convictorio, cercano al Templo, donde se educaban las niñas y jóvenes de las familias más distinguidas, o más adheridas a la Ley del Señor y a su Culto. Allí se formó María, y más que por nadie, por el Espíritu Santo, que le iba disponiendo para su futura altísima misión de Madre del Divino Salvador del género humano; y lo hacía el Divino Espíritu, ya directamente, ya valiéndose de la lectura y audición de los Libros Santos, cuyo sentido le declaraba El con luz divina. Pero además de esta asidua y preferente ocupación, se empleaba allí María en los trabajos más sencillos y aun humildes, conformándose en todo con lo que hacían sus compañeras; como ellas, hilaba, cosía y bordaba; como ellas, preparaba las ropas para el Culto del Templo; y como las de-

más, ayudaba en la limpieza, en la cocina, en todo; y a estas obras de trabajo, añadía un trato con las demás, que edificaba y encantaba, por su dulzura y afabilidad, porque se ofrecía a lo más humilde y difícil, y porque era cariñosa, comprensiva, sufrida, llena de caridad para con todas.

Después de la Anunciación, y siendo ya Madre de Dios, y sabiendo por las palabras del Angel el estado de su prima Isabel, hace apresuradamente un largo viaje hasta las montañas de Judea, seguramente que a Ain-karin; lo hace inspirada por el Espíritu Santo; y va a visitar a su prima en los tres últimos meses de su embarazo; y se dedica allí a ayudar, a servir, a trabajar.

Y ¡qué plena y santa actividad la de María en los largos años de la vida oculta de Jesús, la mayor parte, casi la totalidad de ellos, en Nazareth! Es el Ama de Casa; y de una casa pobre, la de un modesto artesano, San José. Todo ha de hacerlo Ella; y lo hace con una vida activa de incomparable ejemplaridad. Ella va a por agua con su cántaro a la fuente pública, que todavía se conserva y se venera con el nombre de «la Fuente de María». Ella muele el grano de trigo o de cebada con el molinillo de mano; amasa y cuece el pan; prepara los demás alimentos; lava, plancha y compone la ropa del castísimo Esposo y del Hijo Divino; barre y limpia la casa; todo el día en actividad, en la vida activa del trabajo, los días de entre semana; y en los días de Fiesta, las atenciones sociales para con sus parientes y sus amistades, en conversación encantadora, llena del Espíritu que la movía. A todo lo cual añade la austeridad de su vida. San Ambrosio nos habla de su sobriedad y parquedad en el comer y en el dormir, y de sus frecuentes y prolongados ayunos.

Más tarde, después de la Ascensión del Señor a los Cielos, cuando El dejó a su Madre en la tierra, durante varios años, para que siendo Madre de la Iglesia, hiciese su oficio maravillosamente en los primeros más difíciles tiempos de su vida; hizo su oficio maternal María con una vida activa de un nuevo y necesario trabajo; pues Ella animaba y consolaba a los Apóstoles; informaba a los Evangelistas; preparaba para el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía a los que habían abrazado la fe en Cristo, singularmente a las niñas y mujeres de toda edad. Era la protección y ayuda de la Iglesia naciente; ayudaba a todos, y más a los necesitados; visitaba enfermos, socorría a pobres en lo que alcanzaba; ejercitaba todas las obras de misericordia. Y así, has-

ta su dichosísimo Tránsito y su gloriosa Asunción al Cielo, en Cuerpo y Alma.

Todas estas obras eran externas, como propias de la vida espiritual activa; pero eran perfectas y aceptísimas al Señor por tres motivos: por el esmero y cuidado que ponía en hacerlas todas enteramente bien; por su intención purísima y rectísima de agradar a solo Dios, no buscando en nada su propia gloria, sino tan sólo la de Dios; y por el ferventísimo amor de caridad con que hacía todas sus obras.

b) Vida contemplativa. — El objeto directo y preferente de la contemplación de María fue su Divino Hijo, su vida, sus obras, sus virtudes. La Madre de Jesús es María; y nadie le ha amado como su Madre. Por eso, es María el Modelo perfecto de contemplar nosotros a Jesús. María vivió plenamente las palabras de San Juan: «Lo que era desde un principio; lo que hemos oído; lo que hemos visto con nuestros propios ojos; lo que contemplamos y palpamos con nuestras manos, referente al Verbo de la Vida... (1 In., 1, 14).

Este amor hace que María vea a Jesús en su ambiente. El Verbo se encarna, y la Virgen Madre lo siente suyo, durante los nueve meses que lo lleva en su seno. Después contempla a Jesús Niño; toca con sus manos el Verbo de la Vida; oye sus risas y sus llantos; y su mirada penetrante descubre hasta el más mínimo rasgo o señal o de dolor en el rostro de su Hijo. La imagen de Jesús está grabada en el Corazón de la Virgen Madre.

La clave de la vida contemplativa de María nos la da San Lucas en su Evangelio, y por dos veces: una, después de la adoración de los pastores, la noche del Nacimiento de Jesús; la otra, después de la quedada y hallazgo del Niño, a los doce años, en el Templo de Jerusalén. «María conservaba todas estas cosas, contemplándolas en su Corazón» (Lc., 2, 19; y 2, 51).

Así vivió siempre María; pero, si cabe más aún cuando se quedó sola al terminar Jesús su Obra. — He aquí con qué hermosas palabras nos lo dice San Pedro Canisio, Doctor de la Iglesia: «Cuando Jesús ascendió a los Cielos, la Virgen subía al Calvario, donde Cristo había sido crucificado, para derramar lágrimas allí donde El había lavado nuestros pecados con su Sangre. Iba a

la Cueva sepulcral del Salvador, para venerar el Sepulcro, y adorar la gloria de su Hijo resucitado. En el monte Olivete besaba las huellas que los pies de Jesús habían dejado allí impresas, al subir a los Cielos. También se iba a Belén, alegrándose de que aquella pequeña ciudad hubiese sido testigo de su virginal alumbramiento; y recordaba dónde había envuelto Ella a su hijo recién nacido, y lo había reclinado en un pesebre; y fue adorado por los pastores, y después por los Magos. Y se complacía en ir hasta el retirado pueblo de Nazareth, flor de Galilea, porque allí, el Hijo que había sido concebido y criado por Ella, reproducía en la Madre su gratísimo recuerdo» (De María, Virgine Dei Genitrice incomparabili, L. V. C. 1.º 4).

c) La fusión de ambas vidas en una sola completísima, activa y contemplativa a la vez. — Ha concedido el Señor a su Iglesia que en ella hubiese, a lo largo de los siglos, muchos Santos, que no fueron tan sólo contemplativos en la oración, sino también en la acción. A San Ignacio, por ejemplo, le definió quien mejor le conoció, el P. Jerónimo Nadal «contemplativo en la acción». Ahora bien; es sentencia unánime de los Doctores y de los Teólogos de la Mariología, que todas las gracias, excelencias y dones que Dios ha dado a los Santos, y como repartiéndolos entre ellos, los recogió en María, y de la manera más completa y perfecta, en grado eminentísimo. Bien podemos aseverar que nadie como María ha sido contemplativa en la acción; nadie como Ella ha hermanado en sí misma las dos maneras de vida espiritual, y como fundiéndolas en una sola.

Mientras sus manos y su atención estaban puestos en sus obras de actividad exterior, su Corazón estaba puesto en su Hijo y en su Obra de Redención y Salvación del género humano. Al final, sobre todo, de su vida, oraba por la Iglesia en lo íntimo de su Corazón. Y oraba también por todos los hombres, redimidos por su Hijo, tan a costa suya. Era, aun en la tierra, la incensora de todos para con Cristo, y por El para con el Padre. ¡Qué acción tan perfecta, y qué oración tan alta y tan ferviente; ambas vidas hermanas y unidísimas en un solo haz de vida espiritual santísima, consagrada a la Persona y a la Obra de su Hijo Jesús!

SEDES SAPIENTIAE

FRAY ANTONIO DE LUGO, O. S. H.

Madre de Dios.

Por un decreto de la Eterna Sabiduría, María Santísima, es predestinada «ab aeterno», para ser Madre de Dios. San Pablo escribe que « Cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios, desde el Cielo, a su propio Hijo, hecho hijo de Mujer, sometido a la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recobrásemos la filiación adoptiva », (Gal. 4-4 = 6). Efectivamente Jesucristo, Verbo eterno del Padre, sin dejar de ser Dios, une a su divinidad, la humana naturaleza, formada en las purísimas entrañas de la Virgen; ambas naturalezas, humana y divina, subsisten en una única Persona, la Segunda de la Trinidad Beatísima. Ella, libremente otorgó el consentimiento para ser Madre de un Hijo, que no tendría otro Padre, que el del Cielo; el Cuerpo formado en su seno, pertenece, por tanto, a Ella, de cuya sustancia se formó, y es de Dios, que lo hace suyo, al unirlo indisolublemente a su divina naturaleza. Con toda propiedad, el Concilio de Efeso, la proclama Madre de Dios, en los siguientes términos: «Si alguno no confiesa que Dios, es según verdad el Emmanuel, y que por eso, la Santa Virgen es Madre de Dios, pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios, hecho carne, sea anatema » (Concilio de Efeso, 3.º ecuménico, año 431).

Inmaculada Concepción.

«Llena de gracia», llamó el Angel enviado por Dios a María, que no podía emplear otro saludo, sino el que traía encomendado. Aparte la Santísima Humanidad de Jesucristo, no existe criatura alguna, en el orden de la gracia más excelente que la Santa Virgen, escogida para Madre de Dios. Elección tan singular que la hace «Bendita entre todas las mujeres», y justifica los grandes privilegios, con que, el Señor la ha adornado. La plenitud de gracia con que ha sido colmada, la sitúa sobre todos los Angeles y Santos. A Ella no alcanzó el pecado original; fue redimida de un modo exclusivo y eminente, es decir, en previsión de los méritos infinitos del que había de ser su Hijo. Fue concebida y nació, sin la mancha de origen, y jamás en su vida cometió un solo pecado mortal, ni siquiera venial deliberado. Su alma se mantuvo siempre atenta a la acción de Dios y por lo mismo, dócil al Espíritu Santo, que, con sus

dones, perfeccionaba más y más, la vida teologal de María, verdadera maravilla de arte divino solo posible al poder de Dios. El misterio de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, es una verdad de fe, contenida en el Sagrado Depósito; así lo ha definido con Magisterio infalible, el Papa Pío IX, el día 8 de diciembre de 1854, en la Bula «Ineffabilis». No hubiera sido llena de gracia, si en algún momento, hubiera estado privada de ella. Este privilegio mariano, se encuentra insinuado, de manera implícita, en el Génesis. La tradición de la Iglesia, ha sido constante, a pesar de las controversias que, en torno a esta prerrogativa, sostuvieron en la Edad Media, algunos doctores y teólogos. La convencida afirmación del franciscano Escoto. «decuit, potuit, ergo fecit», jugó papel importante en la discusión; realmente, así convenía que fuera, y si Dios podía hacerlo, ¿cómo durar que lo hizo?

Virgen perpetua

El Seno virginal de María, ha sido lo más digna «Sede de la Sabiduría increada», al tomar carne humana; con mucho acierto la Iglesia, la invoca con el nombre de «Sedes Sapientiae»; en verdad, ¿qué trono más digno de Aquel que es por derecho propio «Rex regum et Dominus dominantium», que el que, El mismo se preparó, desde toda la eternidad? El regazo maternal, es el auténtico trono, y la cátedra, desde donde el Verbo «per Quem omnia facta sunt omnia», nos enseña a los hombres, sin palabras, aquellas cosas que el Padre, «ha escondido a los sabios y prudentes de este siglo, y ha revelado a los pequeños». El Verbo de Dios, hecho Niño, y en brazos de su Madre, nos muestra el camino seguro, para ir al Padre. La Iglesia, siempre creyó en la perpetua virginidad de María, que abarca tres momentos: antes del parto; en el parto; después del parto. La Tradición es unánime en defender la perpetua virginidad de María; son célebres y claras las palabras de San Agustín, «virgo gravida, virgo feta, virgo perpetua». Es una verdad de fe, que confesamos en el símbolo apostólico: «Y nació de Santa María Virgen». El Concilio de Letrán, año 1649, bajo el Papa San Martín I, así lo afirma en un Canon que dice: «Si alguno no confiesa de acuerdo con los santos Padres, propiamente y según verdad, por Madre de Dios a la Santa y siempre Virgen María, como quiera

que concibió en los últimos tiempos, sin semen, por obra del Espíritu Santo, al mismo Dios Verbo propia y verdaderamente, que antes de todos los siglos nació de Dios Padre, e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo Ella, aun después del parto, en su virginidad indisoluble, sea condenado». Verdaderamente el Señor, «hizo maravillas en Ella, como proclamó, por divino impulso la misma Señora, en su cántico inspirado «Magnificat». Así debía ser, habida cuenta de los planes de Dios, sobre esta excepcional criatura. La Iglesia católica, sigue proclamando abiertamente esta verdad, aun en contra de aquellos que, admitiendo la virginidad antes y después, no dudan en admitir, que el parto ha sido normal. El constante Magisterio, y el común sentir de los fieles, siguen afirmando, que ni siquiera en el parto, se rompió el sello virginal de la Madre de Jesús que nació como los demás hombres, pero, sin menoscabo de la integridad de su Madre; «Virgo concipiens, Virgo parturiens», repite el mismo San Agustín.

Asumpta al Cielo.

María Santísima, está en el Cielo, en cuerpo y alma; así lo ha afirmado siempre la Iglesia católica; la creencia del pueblo fiel, avalada por la autoridad de los Padres y Doctores, ha sido constante en el correr del tiempo. El Papa Pío XII, definió con Magisterio infalible, esta verdad, como perteneciente al Patrimonio de Verdades reveladas por Dios, el día 1 de noviembre del año 1950, en la Bula «Munificentissimus Deus». Es el tercero de los grandes privilegios marianos concedidos por Dios a su Madre Santísima. La forma solemne con que, el Supremo Magisterio, los propone es señal inequívoca de que, se trata de algo que exige nuestro asentimiento pleno, a más verdades así proclamadas. Nuestra sensibilidad de hijos, se siente hondamente conmovida, al contemplar la generosidad con el Señor, volcó sus dones en la que, por ser Madre suya, lo es también nuestra, pues es Madre de Dios, en cuanto Hombre; la Escritura Santa enseña, que Cristo es Cabeza del Cuerpo Místico, del cual, los bautizados, somos miembros; María es, por tanto, Madre del Cristo total: Cabeza y miembros; en momento solemne, al pie de la Cruz, el Señor, agonizante, le presenta sus hijos, significados en la persona del Apóstol San Juan, cuando le dice: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

Madre de la Iglesia.

El nombre de Madre de la Iglesia no es un sobreañadido a las prerrogativas marianas; el Papa Pablo VI, como tal, la proclamó en la clausura de la tercera etapa del Concilio Vaticano II, y afirmó después, en su viaje a Bombay, con motivo de su asistencia al Congreso Eucarístico Internacional, que no le había dado un título nuevo, sino simplemente

había proclamado públicamente algo que le corresponde por derecho. María, desde luego, pertenece a la Iglesia, y a la vez es «Mater Ecclesiae». Engendró físicamente a Jesús, y por la misma razón, el Señor dilató sus entrañas maternas, a fin de que, concibieran místicamente, al Cristo total. Por eso, nos ama, como verdadera Madre y se ocupa de nosotros, ejerciendo una auténtica maternidad espiritual. Por su misión en el plan salvífico de Dios, María no puede desentenderse de sus hijos. No en vano, la invocan los fieles como Omnipotencia suplicante»; todos sabemos que, en efecto, su intercesión valiosa, en favor de la Iglesia, está fuera de toda duda. Es cosa cierta que, Dios nuestro Señor, ha querido asociar a su Madre Bendita, a su obra redentora y santificadora. Ella al aceptar, el ser Madre del Verbo, aceptó ser instrumento de Dios, en sus divinos planes. Colaboró a la Redención de los hombres, sin que su colaboración fuera absolutamente necesaria; Cristo, Unico Redentor, asoció a su Madre, en su misión salvadora, y así María, al pie de la Cruz, nos engendró a la vida nueva, con sus dolores; ofrecía a su Hijo, y se ofrecía con El, al Padre. No carece, pues de fundamentación teológica, el título de Corredentora, que se tributa a María.

Si Dios no lo hubiera revelado, ¿cómo sería posible pensar en que criatura alguna fuera enaltecida de la forma que lo ha sido María Santísima? Sólo el Señor pudo hacerlo y lo hizo. Nada extraña, pues, que el pueblo cristiano procure honrar a la que tan honrada ha sido por Dios. Las alabanzas de la Iglesia a la Virgen, siempre serán inferiores a lo que Ella merece, según el querer de Dios. No se puede pensar que tales prerrogativas la alejan de nosotros; más bien todo lo contrario: Dios hace las cosas bien. Es cierto que María, por ser caso único entre todas las criaturas, queda por lo mismo muy distante de nosotros; sin embargo, sus entrañas de Madre la aproximan de tal manera a sus hijos, que sólo así se comprende cómo han brotado del corazón de la Iglesia invocaciones como: «Salud de los enfermos», «Consuelo de los afligidos», «Refugio de los pecadores», y tantas otras que reflejan que en el corazón del pueblo María está muy cerca; lo que la aleja de nosotros es nuestra poca fe, nuestra fe floja y tibia. Ni el Magisterio de la Iglesia ni su Liturgia han dado pie jamás para acusar a la Iglesia de exageraciones en sus alabanzas y en el culto a la Madre de Dios. Ni siquiera en la devoción popular se aprecian desviaciones doctrinales serias; si por casualidad se encontrasen algunas, sería labor de los pastores enseñar la verdadera doctrina, sin apagar la llama del amor a la Madre Santísima.

Medianera universal.

Una creencia que sin estar definida como verdad de fe está implícita en la Revelación, es la Me-

diación universal de María. Ciertamente que el Único Mediador entre Dios y los hombres es Jesucristo. María, como Medianera de todas las gracias, no suplantada, en modo alguno, ni siquiera oscurece, a su Hijo divino, en su misión mediadora. Él ha sido quien ha querido que Ella, su Madre, con su fidelidad, obediencia y sobre todo con su amor e incluso con sus dolores, estuviera íntimamente ligada a Él en la obra de nuestra salvación. A este respecto las palabras autorizadas del Concilio vienen aquí como anillo al dedo: «Con su amor materno se cuida de los Hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la Patria bienaventurada. Por este motivo la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo como único Mediador... La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María; la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador... La maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la Cruz, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos, pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna» (Conts. Lumen gentium, Capítulo 8, núm. 62). El instinto de lo sobrenatural en los fieles les mueve a acudir a su Madre del Cielo para el remedio de sus necesidades, así temporales como espirituales, sin que tal actitud suponga desviación alguna de la verdadera doctrina. Jamás el pueblo sencillo, movido por su fe, ha puesto a María por encima de Dios, y menos aún la ha invocado como a diosa. Por medio de Ella, el Padre nos ha dado a su Hijo, Fuente de la Gracia; no es extraño que, también por medio de Ella, quiera distribuir sus gracias; no en vano la llamamos «Mater gratiae».

Respice Stellam: voca Mariam.

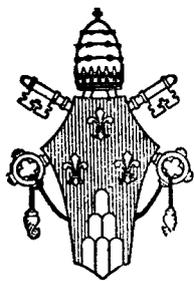
Sin duda alguna, la Santísima Virgen influye en la constitución del Hijo que se formaba en sus entrañas purísimas; a su vez el Hijo, Verbo eterno de Dios, estaba influyendo en la Madre. La eterna Sabiduría, en los nueve meses que permaneció en el claustro virginal, fue perfeccionando de modo misterioso el alma y el corazón de la «Sedes Sapientiae». Por eso, así como Jesús físicamente debía tener gran parecido con su Madre, Ella tendría un corazón en perfecta sintonía con el de su Hijo; su espíritu vibraba al unísono; fue la criatura que más fielmente expresó la santidad de Dios. No era una de tantas,

como alguien desacertadamente escribió; era la única bendita, con especial bendición, entre tantas. Su misión, como enseña la Iglesia, no ha terminado, y así lo experimentamos a cada paso. ¿A qué, o a quién, se debe la labor destructora entre los fieles, ordenada a enfriar con espaciosos pretextos el culto a la devoción a la Santísima Virgen? Las siguientes palabras de San Bernardo nos pueden ayudar a mirar siempre a María, «Stella matutina»; habló así el santo Abad de Claraval a sus monjes en la Sala Capitular de su Monasterio: «María es para nosotros aquella noble estrella salida de Jacob, cuyos rasgos iluminan a todo el mundo, cuyo esplendor hace radiantes los cielos, penetra los abismos, se difunde por todas las regiones de la tierra, calentando los corazones más que los cuerpos, con un calor que hace brotar las virtudes y secarse los vicios. Oh tú, que caminas entre las olas del mundo, más que sobre tierra firme, entre tempestades y torbellinos!, no apartes tus ojos de este espléndido astro, si no quieres verte tragado por las tempestades. Si se desencadenan los vientos de la tentación, si chocas contra los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si te das cuenta de que las olas de la avaricia o de la ira o de la sensualidad agitan la navicilla de tu alma «respice Mariam». Si eres sacudido por las olas de la soberbia y de la ambición, por la de la calumnia o la de los celos, «respice stellam, voca Mariam». Si turbado por la enormidad de tus pecados, avergonzado de ti mismo, tienes miedo de acercarte al juez divino, y estás próximo al abismo de la tristeza o al abismo de la desesperación, levanta tu pensamiento hacia María. Su nombre no se aparte jamás de tus labios, jamás de tu corazón y ten siempre ante tus ojos la contemplación de su vida, si quieres asegurarte su protección. Siguiéndola no te perderás; recurriendo a Ella no desesperarás; guiado por Ella no caerás; defendido por Ella no temerás; guiado por Ella no te cansarás; favorecido por Ella llegarás, con toda seguridad, a puerto seguro.» Trabajemos porque no se enfríe entre los católicos la verdadera devoción a María Santísima, que los santos y aun grandes Doctores han considerado como una señal de predestinación, y que, desde luego, ha producido abundantes y magníficos frutos de conversión, de santidad, de perseverancia.

A Jesús, por María.

Muchos volúmenes se llenarían, si hubiéramos de citar cuanto han dicho en alabanza de la Madre de Dios y de los hombres los Santos Padres, así de Oriente como de Occidente; las expresiones teológicas no exentas de ternura son abundantísimas. En todos los tiempos, los Doctores y los Santos han acumulado más y más alabanzas a la Señora, y la Iglesia

Continúa en la pág. 125



NECESIDAD DE LA ALEGRÍA EN EL CORAZÓN DE TODOS LOS HOMBRES

No se podría exaltar de manera conveniente la alegría cristiana permaneciendo insensible al testimonio exterior e interior que Dios Creador da de sí mismo en el seno de la creación. «Y Dios vio que era bueno» (1). Poniendo al hombre en medio del universo, que es obra de su poder, de su sabiduría, de su amor, Dios dispone la inteligencia y el corazón de su criatura —aun antes de manifestarse personalmente mediante la revelación— al encuentro de la alegría y a la vez de la verdad. Hay que estar, pues, atento a la llamada que brota del corazón humano, desde la infancia hasta la ancianidad, como un presentimiento del misterio divino.

Al dirigir la mirada sobre el mundo, ¿no experimenta el hombre un deseo natural de comprenderlo y dominarlo con su inteligencia, a la vez que aspira a lograr su realización y felicidad? Como es sabido, existen diversos grados en esta «felicidad». Su expresión más noble es la alegría o «felicidad» en sentido estricto, cuando el hombre, a nivel de sus facultades superiores, encuentra su satisfacción en la posesión de un bien conocido y amado (2). De esta manera, el hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y, sobre todo, la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás. Con mayor razón conoce la alegría y felicidad espirituales cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e inmutable (3). Poetas, artistas, pensadores, hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios.

Pero, ¿cómo no ver a la vez que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad incluye también la certeza de que no hay dicha perfecta. La experien-

cia de la finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito.

ANUNCIO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado. Tan pronto como Dios Padre empieza a manifestar en la historia el designio amoroso que Él había formulado en Jesucristo, para realizarlo en la plenitud de los tiempos (4), esta alegría se anuncia misteriosamente en medio al Pueblo de Dios, aunque su identidad no es todavía desvelada.

Así Abraham, nuestro Padre, elegido con miras al cumplimiento futuro de la Promesa, y esperando contra toda esperanza, recibe, en el nacimiento de su hijo Isaac, las primicias proféticas de esta alegría (5). Tal alegría se encuentra como transfigurada a través de una prueba de muerte, cuando su hijo único le es devuelto vivo, prefiguración de la resurrección de Aquel que ha de venir: el Hijo único de Dios, prometido para un sacrificio redentor. Abrahám exultó ante el pensamiento de ver el Día de Cristo, el Día de la salvación: él «lo vio y se alegró» (6).

La alegría de la salvación se amplía y se comunica luego a lo largo de la historia profética del antiguo Israel. Ella se mantiene y renace indefectiblemente a través de pruebas trágicas debidas a las infidelidades culpables del pueblo elegido y a las persecuciones exteriores que buscaban separarlo de su Dios. Esta alegría siempre amenazada y renaciente es propia del pueblo nacido de Abrahán.

Se trata siempre de una experiencia exaltante de liberación y restauración —al menos anuncia-

das— que tiene su origen en el amor misericordioso de Dios para con su pueblo elegido, en cuyo favor Él cumple, por pura gracia y poder milagrosos, las promesas de la Alianza. Tal es la alegría de la Promesa mosaica, la cual es como figura de la liberación escatológica que sería realizada por Jesucristo en el contexto pascual de la nueva y eterna Alianza. Se trata también de la alegría actual, cantada tantas veces en los salmos: la de vivir con Dios y para Dios. Se trata, finalmente y sobre todo, de la alegría gloriosa y sobrenatural, profetizada en favor de la nueva Jerusalén, rescatada del destierro y amada místicamente por Dios.

El sentido último de este desbordamiento inusitado del amor redentor no aparecerá sino en la hora de la nueva Pascua y del nuevo Éxodo. Entonces el Pueblo de Dios será conducido, por medio de la muerte y resurrección de su Siervo doliente, de este mundo al Padre; de la Jerusalén figurativa de aquí abajo a la Jerusalén de lo alto: «Cuando tú estés abandonada, odiada y descuidada, yo te haré objeto de orgullo perennemente y motivo de alegría de edad en edad... Como un joven toma por esposa a una virgen, así tu autor te desposará, y como un marido se alegra de su esposa, tu Dios se alegrará de ti» (7).

LA ALEGRIA SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO

Estas maravillosas promesas han sostenido, a lo largo de los siglos y en medio de las más terribles pruebas, la esperanza mística del antiguo Israel. Este a su vez las ha transmitido a la Iglesia de Cristo; de manera que le somos deudores de algunos de los más puros acentos de nuestro canto de alegría. Y, sin embargo, a la luz de la fe y de la experiencia cristiana del Espíritu, esta paz, que es un don de Dios y que va en constante aumento como un torrente arrollador, hasta tanto que llega el tiempo de la «consolación» (8), está vinculada a la venida y a la presencia de Cristo.

Nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor. El gran gozo anunciado por el Ángel la noche de Navidad, lo será de verdad para todo el pueblo (9), tanto para el de Israel, que esperaba con ansia un Salvador, como para el pueblo innumerable de todos aquellos que, en el correr de los tiempos, acogerán su mensaje y se esforzarán por vivirlo. Fue la Virgen María la primera en recibir el anuncio del ángel Gabriel y su Magni-

ficat era ya el himno de exultación de todos los humildes. Los misterios gozosos nos sitúan así, cada vez que recitamos el Rosario, ante el acontecimiento inefable, centro y culmen de la Historia: la venida a la tierra del Emmanuel, Dios con nosotros. Juan Bautista, cuya misión es la de mostrarlo a Israel, había saltado de gozo en su presencia, cuando aún estaba en el seno de su madre (10). Cuando Jesús da comienzo a su ministerio, Juan «se llena de alegría por la voz del Esposo» (11).

Aquí nos interesa destacar el secreto de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí y que le es propia. Es sobre todo el evangelio de San Juan el que nos descubre el velo, descubriéndonos las palabras íntimas del Hijo de Dios hecho hombre. Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre. Después de su bautismo a orillas del Jordán, este amor, presente desde el primer instante de su Encarnación, se hace manifiesto: «Tú eres mi hijo amado, mi predilecto» (12). Esta certeza es inseparable de la conciencia de Jesús. Es una presencia que nunca lo abandona (13). Es un conocimiento íntimo el que lo colma: «El Padre me conoce y yo conozco al Padre» (14). Es un intercambio incesante y total: «Todo lo que es mío es tuyo, y todo lo que es tuyo es mío» (15). El Padre ha dado al Hijo el poder de juzgar y de disponer de la vida. Entre ellos se da una inhabitación recíproca: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (16). En correspondencia, el Hijo tiene para con el Padre un amor sin medida. «Yo amo al Padre y procedo conforme al mandato del Padre» (17). Hace siempre lo que place al Padre, es ésta su «comida» (18). Su disponibilidad llega hasta la donación de su vida humana, su confianza hasta la certeza de recobrarla: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, bien que para recobrarla» (19). En este sentido, Él se alegra de ir al Padre. No se trata, para Jesús, de una toma de conciencia efímera: es la resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que Él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre: «Tú me has amado antes de la creación del mundo» (20). Existe una relación incommunicable de amor, que se confunde con su existencia de Hijo y que constituye el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella como el que se da al Hijo, sin reservas y sin intermitencias, en un palpar de generosidad gozosa; y el Hijo, como

el que se da de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo.

El Espíritu que procede del Padre y del Hijo, de quienes es el amor mutuo viviente, es, pues, comunicado al Pueblo de la Nueva Alianza y a cada alma que se muestre disponible a su acción íntima: Él hace de nosotros su mirada, «dulce huésped del alma» (21). Con él habitan en el corazón del hombre el Padre y el Hijo (22). El Espíritu Santo suscita en el corazón humano una plegaria filial impregnada de acción de gracias, que brota de lo íntimo del alma, en la oración y se expresa en la alabanza, la acción de gracias, la reparación y la súplica. Entonces podemos gustar la alegría propiamente espiritual, que es fruto del Espíritu Santo (23). Y consiste esta alegría en que el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios Trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de Él. Esta alegría caracteriza, por tanto, todas las virtudes cristianas. Las pequeñas alegrías humanas que constituyen en nuestra vida como la semilla de una realidad más alta, queden transfiguradas. Esta alegría espiritual, aquí abajo, incluirá siempre en alguna medida la dolorosa prueba de la mujer en trance de dar a luz, y un cierto abandono aparente, parecido al del huérfano: lágrimas y gemidos, mientras que el mundo hará alarde de satisfacción, falsa en realidad. Pero la tristeza de los discípulos, que es según Dios y no según el mundo, se trocará pronto en una alegría espiritual que nadie podrá arrebatarles (24).

He ahí el estatuto de la existencia cristiana y muy en particular de la vida apostólica. Esta, al estar animada por un amor apremiante del Señor y de los hermanos, se desenvuelve necesariamente bajo el signo del sacrificio pascual, yendo por amor a la muerte y por la muerte a la vida y al amor. De ahí la condición del cristiano, y en primer lugar del apóstol, que debe convertirse en el «modelo del rebaño» (25) y asociarse libremente a la pasión del Redentor. Ella corresponde de este modo a lo que había sido definido en el Evangelio como la ley de la bienaventuranza cristiana en continuidad con el destino de los profetas: «Dichosos vosotros si os insultan, os persiguen y os calumnian de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos: fue así como persiguieron a los profetas que os han precedido (26).

Desafortunadamente, no nos faltan ocasiones para comprobar, en nuestro siglo tan amenazado por la ilusión del falso bienestar, la incapacidad «síquica» del hombre para acoger «lo que es del Espíritu de Dios: es una locura y no lo puede conocer, porque es con el espíritu como hay que juzgarla» (27). El mundo —que es incapaz de recibir el Espíritu de Verdad, que no ve ni conoce— no percibe más que una cara de las cosas. Considera solamente la aflicción y la pobreza del espíritu, mientras éste, en lo más profundo de sí mismo, siente siempre alegría porque está en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

LA ALEGRÍA EN EL CORAZON DE LOS SANTOS

Esta es, amadísimos hermanos e hijos, la gozosa esperanza que brota de la fuente misma de la Palabra de Dios. Desde hace veinte siglos esta fuente de alegría no ha cesado de manar en la Iglesia y especialmente en el corazón de los santos. Vamos a sugerir ahora algunos ecos de esta experiencia espiritual, que ilustra, según la diversidad de los carismas y de las vocaciones particulares, el misterio de la alegría cristiana.

El primer puesto corresponde a la Virgen María, llena de gracia, la Madre del Salvador. Acogiendo el anuncio de lo alto, sierva del Señor, esposa del Espíritu Santo, madre del Hijo eterno, Ella deja desbordar su alegría ante su prima Isabel que alaba su fe: «Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador... Por eso, todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (28). Ella, mejor que ninguna otra criatura, ha comprendido que Dios hace maravillas: su nombre es santo, muestra su misericordia, ensalza a los humildes, es fiel a sus promesas. Sin que el discurrir aparente de su vida salga del curso ordinario, medita hasta los más pequeños signos de Dios, guardándolos dentro de su corazón. Sin que los sufrimientos queden ensombrecidos, ella está presente al pie de la cruz, asociada de manera eminente al sacrificio del Siervo inocente, como madre de dolores. Pero Ella está a la vez abierta sin reserva a la alegría de la Resurrección; también ha sido elevada, en cuerpo y alma, a la gloria del cielo. Primera redimida, inmaculada desde el momento de su concepción, morada incomparable del Espíritu, habitáculo purísimo del Redentor de los hombres, Ella es al mismo tiempo la Hija amadísima de Dios y, en Cristo, la Madre universal.

Ella es el tipo perfecto de la Iglesia terrestre y glorificada. Qué maravillosas resonancias adquieren en su singular existencia de Virgen de Israel las palabras proféticas relativas a la nueva Jerusalén: «Altamente me gozaré en el Señor y mi alma saltará de júbilo en mi Dios, porque me vistió de vestiduras de salvación y me envolvió en manto de justicia, como esposo que se ciñe la frente con diadema, y como esposa que se adorna con sus joyas» (29). Junto con Cristo, Ella recapitula todas las alegrías, vive la perfecta alegría prometida a la Iglesia: «Mater plena sanctae laetitiae» y, con toda razón, sus hijos de la tierra, volviendo los ojos hacia la madre de la esperanza y madre de la gracia, la invocan como causa de su alegría: «Causa nostrae laetitiae».

Después de María, la expresión de la alegría más pura y ardiente la encontramos allá donde la Cruz de Jesús es abrazada con el más fiel amor, en los mártires, a quienes el Espíritu Santo inspira, en el momento crucial de la prueba, una espera apasionada de la venida del Esposo. S. Esteban, que muere viendo los cielos abiertos, no es sino el primero de los innumerables testigos de Cristo. También en nuestros días y en numerosos países, cuántos son los que, arriesgando todo por Cristo, podrían afirmar como el mártir San Ignacio de Antioquía: «Con gran alegría os escribo, deseando morir. Mis deseos terrestres han sido crucificados y ya no existe en mí una llama para amar la materia, sino que hay en mí un agua viva que murmura y dice dentro de mí: «Ven hacia el Padre» (30).

Asimismo, la fuerza de la Iglesia, la certeza de su victoria, su alegría al celebrar el combate de los mártires, brota al contemplar en ellos la gloriosa fecundidad de la Cruz. Por eso nuestro predecesor, San León Magno, exaltando desde esta Sede romana el martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, exclama: «Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos, y ninguna clase de crueldad puede destruir una religión fundada sobre el misterio de la Cruz de Cristo. La Iglesia no es empequeñecida sino engrandecida por las persecuciones; y los campos del Señor se revisten sin cesar con más ricas mieses cuando los granos, caídos uno a uno, brotan de nuevo multiplicados» (31).

Pero existen muchas moradas en la casa del Padre y, para quienes el Espíritu Santo abrasa el corazón, muchas maneras de morir a sí mismos y de alcanzar la santa alegría de la resurrección.

La efusión de sangre no es el único camino. Sin embargo, el combate por el Reino incluye necesariamente la experiencia de una pasión de amor, de la que han sabido hablar maravillosamente los maestros espirituales. Y en este campo sus experiencias interiores se encuentran, a través de la diversidad misma de tradiciones místicas, tanto en Oriente como en Occidente. Todas presentan el mismo recorrido del alma, «per crucem ad lucem», y de este mundo la Padre, en el soplo vivificador del Espíritu.

Cada uno de estos maestros espirituales nos ha dejado un mensaje sobre la alegría. En los padres orientales abundan los testimonios de esta alegría en el Espíritu. Orígenes, por ejemplo, ha descrito en muchas ocasiones la alegría de aquel que alcanza el conocimiento íntimo de Jesús: «Su alma es entonces inundada de alegría como la del viejo Simeón. En el templo que es la Iglesia estrecha a Jesús en sus brazos. Goza de la plenitud de la salvación teniendo a Aquel en quien Dios reconcilia al mundo (32). En la Edad Media, entre otros muchos, un maestro espiritual del Oriente, Nicolás Cabasilas, se esfuerza por demostrar cómo el amor de Dios de suyo procura la alegría más grande (33). En Occidente es suficiente citar algunos nombres entre aquellos que han hecho escuela en el camino de la santidad y de la alegría San Agustín, San Bernardo, Santo Domingo, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila, San Francisco de Sales, San Juan Bosco.

Deseamos evocar muy especialmente tres figuras, muy atrayentes todavía hoy para todo el pueblo cristiano. En primer lugar, el pobrecillo de Asís, cuyas huellas se esfuerzan en seguir muchos peregrinos del Año Santo. Habiendo dejado todo por el Señor, él encuentra, gracias a la santa pobreza, algo por así decir de aquella bienaventuranza con que el mundo salió intacto de las manos del Creador. En medio de las mayores privaciones, medio ciego, él pudo cantar el inolvidable «Cántico de las Criaturas», la alabanza a nuestro hermano Sol, a la naturaleza entera, convertida para él en un transparente y puro espejo de la gloria divina, así como la alegría ante la venida de «nuestra hermana la muerte corporal»: «Bienaventurados aquellos que se hayan conformado a tu santísima voluntad...»

En tiempos más recientes, Santa Teresa de Lisieux nos indica el camino valeroso del abandono en las manos de Dios, a quien ella confía

su pequeñez. Sin embargo, no por eso ignora el sentimiento de la ausencia de Dios, cuya dura experiencia ha hecho, a su manera, nuestro siglo: «A veces le parece a este pajarito (a quien ella se compara) no creer que exista otra cosa sino las nubes que lo envuelven... Es el momento de la alegría perfecta para el pobre, pequeño y débil ser... Qué dicha para él permanecer allí y fijar la mirada en la luz visible que se oculta a su fe» (34).

Finalmente, ¿cómo no mencionar la imagen luminosa para nuestra generación del ejemplo del bienaventurado Maximiliano Kolbe, discípulo genuino de San Francisco? En medio de las más trágicas pruebas que ensangrentaron nuestra época, él se ofrece voluntariamente a la muerte para salvar a un hermano desconocido; y los testigos nos cuentan que su paz interior, su serenidad y su alegría convirtieron de alguna manera aquel lugar de sufrimiento, habitualmente como una imagen del infierno para sus pobres compañeros y para él mismo, en la antesala de la vida eterna.

UNA ALEGRÍA PARA TODO EL PUEBLO

Al escuchar esta voz múltiple y unánime de los santos, ¿no habremos olvidado la condición presente de la sociedad humana, aparentemente tan poco dispuesta al cultivo de los bienes sobrenaturales? ¿No habremos estimado en demasía las aspiraciones espirituales de los cristianos de este tiempo? ¿No habremos reservado nuestra exhortación a un pequeño número de sabios y prudentes? No podemos olvidar que el Evangelio ha sido anunciado en primer lugar a los pobres y a los humildes, con su esplendor tan sencillo y su contenido plenario.

Si hemos evocado este panorama luminoso de la alegría cristiana, no es que hayamos pensado en absoluto en desanimar a ninguno de vosotros, amadísimos hermanos e hijos, que sentís vuestro corazón dividido cuando os llega la llamada de Dios. Al contrario, Nos, sentimos que nuestras alegrías, lo mismo que la vuestra, no será completa si no miramos juntos, con plena confianza, hacia «el autor y consumidor de la fe, Jesús; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Traed, pues, a vuestra consideración al que soportó la contradicción de los pecadores contra sí mismo para que no decaigáis de ánimo rendidos por la fatiga» (35).

La invitación dirigida por Dios Padre a participar plenamente en la alegría de Abrahám, en la fiesta eterna de las Bodas del Cordero, es una llamada universal. Cada hombre, con tal que se muestre atento y disponible, la puede percibir en lo hondo de su corazón, muy especialmente durante este Año Santo en que la Iglesia abre a todos, de manera más abundante, los tesoros de la misericordia de Dios. «Pues para vosotros, hijos, es la Promesa; como también para cuantos están ahora lejos, y serán llamados por el Señor nuestro Dios» (36).

Nos, no podemos pensar en el pueblo de Dios de una manera abstracta. Nuestra mirada se dirige primeramente al mundo de los niños. Sólo cuando ellos encuentran en el amor de los que les rodean la seguridad que necesitan, adquieren capacidad de recepción, de maravilla, de confianza, de espontaneidad, y son aptos para la alegría evangélica. Quien quiera entrar en el Reino, nos dice Jesús, debe primeramente hacerse como ellos (37). Nos dirigimos especialmente a todos aquellos que tienen responsabilidad familiar, profesional, social. El peso de sus cargas, en un mundo que cambia con rapidez, les priva con frecuencia de la posibilidad de gustar las alegrías cotidianas. Sin embargo, éstas existen. El Espíritu Santo desea ayudarles a descubrirlas de nuevo, a purificarlas, a compartirlas.

Pensamos en el mundo del dolor, en todos aquellos que están llegando al ocaso de su vida. La alegría de Dios llama a la puerta de sus sufrimientos físicos y morales, no ciertamente como por una ironía, sino para realizar allí su paradójica obra de transfiguración.

Nuestro espíritu y nuestro corazón se dirigen igualmente hacia todos aquellos que viven más allá de la esfera visible del pueblo de Dios. Al poner en consonancia con las llamadas más hondas de sus conciencias, eco de la voz de Dios, se hallan en el camino de la alegría.

Pero el pueblo de Dios no puede avanzar sin guías. Estos son los pastores, los teólogos, los maestros del espíritu, los sacerdotes y aquellos que cooperan con ellos en la animación de las comunidades cristianas. Su misión es ayudar a sus hermanos a escoger los senderos de la alegría evangélica, en medio de las realidades que constituyen su vida y de las que no pueden escapar.

Sí, el amor inmensa de Dios es el que llama a converger hacia la Ciudad celeste a todos aque-

llos que llegan desde distintos puntos del horizonte, sean quienes sean, en este tiempo del Año Santo, estén cercanos o lejanos todavía. Y puesto que todos los indicadores, es necesario hoy día dejar de endurecer nuestro corazón, para escuchar la voz del Señor y acoger la propuesta del gran perdón, tal como lo anuncia Jeremías: «Los purificaré de toda iniquidad con la que pecaron contra mí y con la que me han sido infieles. Jerusalén será para mi gozo, honor y gloria entre todas las naciones de la Tierra» (38). Y como esta promesa de perdón, igual que otras muchas, adquieren su definitivo sentido en el sacrificio redentor de Jesús, el Siervo doliente, es El, y solamente El, quien puede decirnos en este momento crucial de la vida de la Humanidad: «Convertíos y creed en el Evangelio» (39). El Señor quiere sobre todo hacernos comprender que la conversión que se pide no es en absoluto un paso hacia atrás, como sucede cuando se peca. Por el contrario, la conversión es una puesta en marcha, una promoción en la verdadera libertad y en la alegría. Es respuesta a una invitación que proviene de él, amorosa, respetuosa y urgente a la vez: «Venid a Mí cuantos andáis fatigados y

abrumados de carga, y Yo os aliviare. Tomad y cargad mi yugo; haceos discípulos Míos, pues Yo soy de benigno y humilde corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas» (40).

En efecto, ¿qué carga más abrumadora que la del pecado? ¿Qué miseria más solidaria que la del hijo pródigo, descrita por el evangelista San Lucas? Por el contrario, ¿qué encuentro más emocionante que el del Padre, paciente y misericordioso, y del hijo que vuelve a la vida? «Habrá en el cielo más gozo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (41). Ahora bien, ¿quién está sin pecado, a excepción de Cristo y de su Madre inmaculada? Así, con su invitación a descubrir al Padre mediante el arrepentimiento, el Año Santo —promesa de reconciliación para todo el pueblo— es también una llamada a descubrir de nuevo el sentido y la práctica del sacramento de la Reconciliación. Siguiendo los pasos de la mejor tradición espiritual, Nos, recordamos a los fieles y a sus pastores que la acusación de las faltas graves es necesaria y que la confesión frecuente sigue siendo una fuente privilegiada de santidad, de paz y de alegría.

CONCLUSION

Hermanos e hijos amadísimos: ¿No es normal que tengamos alegría dentro de nosotros, cuando nuestros corazones contemplan o descubren de nuevo, por la fe, sus motivos fundamentales? Estos son, además, sencillos: tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo; por su Espíritu, su Presencia no cesa de envolvernos con su ternura y de penetrarnos con su Vida; vamos hacia la transfiguración feliz de nuestras existencias, siguiendo las huellas de la resurrección de Jesús. Sí, sería muy extraño que esta Buena Nueva, «que suscita el aleluya de la Iglesia no nos diese un aspecto de salvados».

La alegría de ser cristiano, vinculado a la Iglesia «en Cristo», en estado de gracia con Dios, es verdaderamente capaz de colmar el corazón humano. ¿No es esta exultación profunda la que da un acento trastornador al Memorial de Pascal: «Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría»?

La alegría nace siempre de una cierta visión acerca del hombre y de Dios. «Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo será luminoso» (42). Tocamos aquí la dimensión original e inalienable de la persona humana: su vocación a la felicidad para

siempre por los senderos del conocimiento y del amor, de la contemplación y de la acción. ¡Ojalá logréis alcanzar lo que hay de mejor en el alma de vuestro hermano y esa Presencia divina, tan próxima al corazón humano!

¡Que nuestros hijos inquietos de ciertos grupos rechacen pues los excesos de la crítica sistemática y aniquiladora! Sin necesidad de salirse de una visión realista, que las comunidades cristianas se conviertan en lugares de optimismo, donde todos sus miembros se entrenen resueltamente en el discernimiento de los aspectos positivos de las personas y de los acontecimientos. «La caridad no se goza de la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Lo excusa todo. Cree siempre. Espera siempre. Lo soporta todo» (43).

La educación para una tal visión no es sólo cuestión de psicología. Es también un fruto del Espíritu Santo. Este Espíritu que habita en plenitud la persona de Jesús, lo hace durante su vida terrestre tan atento a las alegrías de la vida cotidiana, tan delicado y persuasivo para enderezar a los pecadores por el camino de una nueva juventud de corazón y de espíritu. Es el mis-

mo Espíritu que animaba a la Virgen María y a cada uno de los santos. Es este mismo Espíritu que sigue dando aún a tantos cristianos la alegría de vivir cada día su vocación particular en la paz y la esperanza que sobrepasa los fracasos y los sufrimientos.

Este es el Espíritu de Pentecostés que impulsa los ya numerosos discípulos de Cristo por los caminos de la oración, en la alegría de una alabanza filial, y hacia el servicio humilde y gozoso de los desheredados y de los marginados de nuestra sociedad. Porque la alegría no puede separarse de la participación. En el mismo Dios, todo es alegría porque todo es un Don.

Esta mirada positiva sobre los seres y sobre las cosas, fruto de un espíritu humano iluminado y fruto del Espíritu Santo, halla en los cristianos un lugar privilegiado de renovación: la celebración del misterio pascual de Jesús. En su Pasión, en su Muerte y en su Resurrección, Cristo recapitula la historia de todo hombre y de todos los hombres, con su carga de sufrimientos y de pe-

cados, con sus posibilidades de excesos y de santidad. Por eso nuestra última palabra en esta exhortación es una llamada urgente a todos los responsables y animadores de las comunidades cristianas: que no teman insistir a tiempo y a destiempo sobre la fidelidad de los bautizados a la celebración gozosa de la Eucaristía dominical. ¿Cómo podrían abandonar este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la participación sea muy digna y festiva a la vez! Cristo, crucificado y glorificado viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su Resurrección. Es la cumbre, aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la fiesta eterna.

Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os conduzcan a ella. Nos, os bendecimos de todo corazón.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 9 de mayo del año 1975, duodécimo de nuestro Pontificado.

NOTAS:

- (1) Gen., 1, 10, 12, 18, 21, 25, 31.
- (2) Cfr. S. Tomás, «Suma Teológica», I-II, q. 31, a. 3.
- (3) Cfr. S. Tomás, *ibid.*, II-II, y. 28, a. 1 y 4.
- (4) Cfr. Ef., 1, 9-10.
- (5) Cfr. Gen., 21, 21, 1-7; Rom., 4, 18.
- (6) Jn., 8, 56.
- (7) Is., 60, 15; 62, 5; cfr. Gál., 4, 27; Ap., 21, 1-4.
- (8) Cfr. Is., 40, 1, 66, 13.
- (9) Lc., 8, 10.
- (10) Cfr. Lc., 1, 44.
- (11) Jn., 3, 29.
- (12) Lc., 3, 22.
- (13) Cfr. Jn., 16, 32.
- (14) Jn., 10, 15.
- (15) Jn., 17, 19.
- (16) Jn., 14, 10.
- (17) Jn., 14, 31.
- (18) Cfr. Jn., 8, 29; 4, 34.
- (19) Jn., 10, 17.
- (20) Jn., 17, 24. (16).
- (21) Secuencia de la solemnidad de Pentecostés.
- (22) Cfr. Jn., 14, 23.
- (23) Cfr. Rom., 14, 17; Gál., 5, 22.

- (24) Cfr. Jn., 16, 20-22; 2 Cor., 1, 4; 7, 4-6.
- (25) 1 Ped., 5, 3.
- (26) Mt., 5, 11-12.
- (27) 1 Cor., 2, 14.
- (28) Lc., 1, 46-48.
- (29) Is., 61, 10.
- (30) Carta a los Romanos VII, 2: «Patres Apostolici», ed Funk, I, Tubingae 1901, p. 261; cfr. Jn., 4, 10; 7, 38; 14, 12
- (31) Sermón 82, en el aniversario de los apóstoles Pedro y Pablo, 6: «P. L.», 54, 426; cfr. Jn., 12, 24.
- (32) Carta 175. «Manuscrits autobiographiques», Lixieux 1956, B 5r.
- (33) Heb., 12, 2-3.
- (34) «Act.», 2, 39.
- (35) Cfr. Mc., 10, 14-15.
- (36) Jer., 33, 8-9.
- (37) Mc., 1, 15.
- (38) Mt., 11, 28-29.
- (39) Lc., 15, 7.
- (40) Lc., 11, 34.
- (41) 1 Cor., 13, 6-7.
- (42) Lc., 11, 34.
- (43) 1 Cor., 13, 6-7.

SEDES SAPIENTIAE (Continúa de pág. 114)

Jerárquica, con su Magisterio ordinario, ha sancionado con autoridad indiscutible las enseñanzas de los teólogos y el sentir del pueblo fiel. ¿Cómo es posible que se diga que se nos ha falseado la verdadera imagen de María, o que ha sido secuestrada, y debemos recuperarla? Siguiendo las enseñanzas auténticas de la Iglesia, no podemos errar, en cosas tocantes a la fe, por la asistencia del Espíritu Santo, que no le puede faltar. La imagen que la misma Iglesia nos da

de la Virgen no puede ser adulterada, sino la verdadera, la única. Por muchas alabanzas, títulos, honores que le tributemos, nos quedaremos siempre muy por debajo de cuanto en Ella y por Ella ha hecho el mismo Dios. No es aventurado afirmar que, así como por Ella se nos dio Cristo, de la misma forma, por ella, encontraremos siempre a Cristo, y por Cristo al Padre, ya que Él es el único Camino, la auténtica Verdad y la verdadera Vida.

EN LA PACIENCIA HAY PERFECTA ALEGRÍA

Viniendo un día San Francisco de Perugia a Santa María de los Angeles con fray León, en tiempo de invierno y castigándoles fuertemente el frío, llamó a fray León, quien iba un poco más adelante, y dijo así:

—¡Oh, hermano León, aunque quiera Dios que los hermanos Menores en todas partes den grande ejemplo de santidad y edificación, sin embargo, escribe y advierte diligentemente que no hay en ello perfecta alegría.

Y andando más adelante, San Francisco le llamó la segunda vez:

—¡Oh hermano León! Aunque el fraile Menor ilumine a los ciegos, distienda a los baldados, ayente a los demonios, devuelva el oído a los sordos, el andar a los cojos, el habla a los mudos, y lo que es mayor cosa, resucite al muerto de cuatro días, escribe que no hay en ello perfecta alegría.

Y andando un poco, San Francisco exclamó con fuerza:

—¡Oh hermano León! Si el fraile Menor supiese todas las lenguas y todas las ciencias y todas las escrituras, si que también supiera profetizar y revelar, no solamente las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de los hombres, escribe que no hay en ello perfecta alegría.

Andando un poco más adelante, San Francisco llamó nuevamente con fuerza:

—¡Oh hermano León, ovejuela de Dios! Aunque el fraile Menor hable con lengua de Angel y sepa los cursos de las estrellas, y la virtud de las hierbas, y fuérenle revelados todos los tesoros de la tierra y conociese la naturaleza de los pájaros, y de los peces, y de todos los animales, y de los hombres, los árboles, las piedras, las raíces y las aguas, escribe que no está en ello la perfecta alegría.

Y andando todavía un trecho, San Francisco exclamó fuertemente:

—¡Oh, hermano León! Aunque el fraile Menor supiera predicar tan bien que convirtiese a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no hay en ello perfecta alegría.

Y durando este modo de hablar sus buenas

dos leguas, fray León, con gran admiración, le preguntó diciendo:

—Padre, te ruego por Dios que me digas en qué hay perfecta alegría.

Y San Francisco le respondió:

—Cuando lleguemos a Santa María de los Angeles, tan mojados por la lluvia, y helados por el frío, y enfangados de lodo, y afligidos de hambre, y llamemos a la puerta del convento y el portero venga airado y diga: ¿Quienes sois vosotros? Y nosotros digamos: «Somos dos de vuestros hermanos...; y aquél diga: «No decís verdad, que sois dos malhechores que vais engañando al mundo y robando la limosna de los pobres; fuera de aquí...; y no nos abra, y nos haga estar fuera a la nieve y al agua, con frío y hambre toda la noche, entonces, si nosotros aguantamos pacientemente tantas injurias y tantas crueldades y repulsas, sin tribulación y sin murmuración, pensando humilde y caritativamente que aquel portero nos conoce verdaderamente y que Dios le hace hablar contra nosotros, ¡oh, hermano León, escribe que en ello hay perfecta alegría. Y si perseveramos en el llamar y sale afuera airado, y como a vagabundos importunos nos echa con injurias y cachetes, diciendo: Andad de aquí, ladronzuelos; id al hospital, que aquí no coméis ni os aposentáis. Si nosotros aguantamos esto pacientemente, y con alegría y buen humor, ¡oh hermano León, escribe que en ello hay perfecta alegría. Y si nosotros obligados por el hambre, el frío y la noche, llamamos y rogamos por amor de Dios, con grande llanto, que nos abra y nos meta adentro, y aquél, más enfurecido dice: «Estos son unos vagos importunos; yo les daré lo que se merecen...; y sale afuera con un bastón de nudos y nos coge por la capucha, y nos tira al suelo, y nos revuelca por la nieve, pegándonos nudo por nudo con aquél. Si nosotros aguantamos todas estas cosas pacientemente y con alegría, considerando las penas de Cristo bendito, las cuales debemos padecer nosotros por su amor, ¡oh, hermano León!, escribe que en ello hay perfecta alegría. Pero oye la conclusión, hermano León: sobre todas las cosas y gracias y dones del Espíritu Santo, las cuales Cristo concede a sus amigos, está la de vencerse a sí mismo, y con gus-

to, por amor de Cristo, padecer penas, injurias, oprobios, fatigas; porque de todos los demás dones de Dios no nos podemos vanagloriar, porque no son nuestros, sino de Dios; por lo que dice el Apóstol: «¿Qué tienes que no lo tengas de Dios? Y si lo tienes de El, ¿por qué te vanaglorías como

si lo tuvieses por ti? Pero en la cruz de las tribulaciones y aflicciones podemos vanagloriarnos, porque esto es nuestro; y por eso dice el Apóstol: «Yo no quiero vanagloriarme si no en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. El cual haya siempre honor y gloria in saecula saeculorum. Amén.



SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS

M. M. DOMÉNECH I.

Fray Tomás — Vamos a hacer el primer examen parcial de Filosofía de la Naturaleza. Pongan todos el nombre y el número; háganlo ahora porque si lo dejan para el final se olvidarán; cada vez hay que repetir lo mismo. Deben desarrollar el tema de la manera más congruente posible con lo que hemos explicado en clase de metafísica, teodicea y teología. El tema es: «Las Fuerzas Corpóreas». Pueden empezar.

Discípulo. — Las fuerzas corpóreas conocidas por la fisicomatemática moderna son de cuatro tipos: gravitatorias, electromagnéticas y las interacciones fuertes y débiles que se dan en física nuclear. Aunque a veces se habla de otros tipos de fuerza, como por ejemplo las de inercia, pueden reducirse a las anteriores, ya que siempre que se consideren estos otros tipos, está en acción algún fenómeno gravitatorio, electromagnético o nuclear, que es el origen de la tensión o fuerza. En la naturaleza hemos de tener en cuenta el sistema que se mueve, globalmente; por ejemplo, si un tren se está acelerando y se da lo que se llama fuerza de inercia debida a la aceleración, por otro lado tenemos en la locomotora un conjunto de fenómenos electromagnéticos que son la causa de que dicho tren experimente un cambio en su estado de movimiento.

El principio de las fuerzas corpóreas es la

forma de las sustancias corporales, que al engendrarse, mueve las partes materiales hacia una situación relativa en la que consigue su perfección. De la misma manera que en los animales y las plantas es algo importante su figura o estructura espacial, en el mundo mineral se dan también ciertas estructuras propias de la especie; y cuanto más inferior es la especie, más sencilla es la célula estructural que se repite en el edificio de dicha especie; como los árboles se constituyen por muchas hojas iguales entre sí y distintas según la especie, en los cuerpos inanimados se dan también estas repeticiones de los elementos estructurales, cuya existencia es lo que ha provocado los conceptos de moléculas y átomos en la química moderna.

Si a esta idea unimos el hecho de que las formas superiores subsumen a las inferiores, de manera que cada nivel ontológico es la subsunción de lo inferior y materia próxima y propia de lo superior, nos daremos cuenta de cuán lejos de la realidad está la concepción de la existencia real de átomos y moléculas, y, sin embargo, se nos harán ontológicamente comprensibles todos los fenómenos que han sugerido su existencia a los fisicomatemáticos.

Dios es quien imprime las formas en la materia, y por tanto, esa tensión de la materia hacia

las formas es una atracción hacia el bien. Realmente todos los seres buscan a Dios en sus manifestaciones ontológicas.

La materia tiende hacia las perfecciones de la forma, y de entre todas estas perfecciones, aquella que consiste en la estructura espacial propia de la especie, es la que da origen a que, entre las partes del cuerpo, se manifiesten lo que llamamos fuerzas corpóreas.

Como las fuerzas no colman totalmente la capacidad de perfección de la materia, una vez engendrada una especie, queda en la materia una tensión hacia las demás formas, que la aproxima a los demás cuerpos para constituir con ellos, si posible fuera, todas las demás formas cuya potencia es. Como en todos los cuerpos hay materia en potencia para cualquier forma, el conjunto de todas las tensiones hacia todas las formas posibles, es lo que en fisicomatemática se llama «Gravitación Universal», descubierta por Newton en su aspecto cuantitativo, pero ignorada por él, como él mismo confiesa, en su realidad ontológica.

La materia próxima de los llamados compuestos químicos viene constituida por lo que la fisicomatemática moderna llama elementos, de los que se conocen unas cien especies. De entre todas las combinaciones posibles, sólo constituyen especie natural algunas, y es por ello que entre algunos elementos se da afinidad química y entre otros no. Sea cual fuere, además, el conjunto de combinaciones que producen especie natural, siempre es posible distinguir dos clases entre los elementos, tales que la combinación entre los de clase diferente sea fuerte, es decir, produzca formas hacia las que la naturaleza tienda fuertemente, y la combinación entre elementos de la misma clase sea débil, es decir, que las formas de compuestos con elementos de dicha clase no se produzcan o se produzcan sin una fuerte tendencia.

Ordenando los elementos según su mayor o menor tendencia a formar compuestos con los elementos de la otra clase, tendremos lo que en fisicoquímica se llama serie electromotriz. El origen de las fuerzas electrostáticas es, pues, la predisposición de los elementos a formar compuestos, de los que son materia próxima y cuyas formas les subsumen, una vez engendradas.

Las fuerzas magnéticas se producen cuando algo se mueve respecto a un sistema en el que se mueven con diferentes velocidades las partes complementarias en la constitución de los compuestos, y, debido a la relatividad de los movi-

mientos, resulta que el equilibrio que se manifiesta cuando todo está en reposo, se descompensa. Por ello, las fuerzas llamadas magnéticas son, en realidad, eléctricas para aquello que experimenta su efecto. Al reducir los fenómenos magnéticos a los eléctricos no nos es necesario ampliar el sistema de interpretación ontológica de los fenómenos naturales. Unos y otros tienen la misma raíz en la atracción hacia las formas superiores de los mixtos o sustancias compuestas.

Las interacciones fuertes se producen en las reacciones nucleares, y son fuertes porque en ellas se ve forzada la materia a cambios sustanciales que la afectan hasta lo más hondo de sus entrañas ontológicas. Las interacciones débiles sólo se han detectado en experimentos con grandes energías y se dan entre estados muy inestables, lo que hace pensar que no corresponden a nada definido, sino que el azar de los experimentos, débilmente mediatizados por las tendencias naturales, da lugar a datos poco consistentes.

El cambio sustancial que se produce en una reacción nuclear, llega a cambiar totalmente el camino natural por el que la materia ha de alcanzar un ser superior. En cambio, en las reacciones químicas, se produce una simple subsumción; es un paso más en el camino hacia la perfección del ser de la materia. Por eso las manifestaciones energéticas son mucho menores en las reacciones químicas, como la combustión de la madera o la explosión de la pólvora, que en una bomba de hidrógeno.

Todas estas fuerzas, gravitatorias, eléctricas y nucleares, son centrales, es decir, son capaces de producir movimientos de atracción y repulsión, pero no giros ni movimientos tangenciales. En el universo, esos movimientos tangenciales son producidos por sustancias intelectuales que mueven por aprehensión. Las fuerzas corporales no hacen más que modificar el movimiento cósmico debido a las sustancias angélicas.

Es maravilloso considerar el orden y la armonía que han conseguido los ángeles jugando con todas las tendencias de la naturaleza, hasta constituir la figura de este mundo con toda la belleza que brinda la naturaleza a la consideración del hombre. La contemplación del orden del universo y de sus causas es la más perfecta realización del hombre, que se prepara así a la adoración y acción de gracias a su Creador.

(Entonces me desperté y me di cuenta de que había olvidado poner mi nombre y mi número.)

«COBRAD ANIMO Y LEVANTAD VUESTRAS CABEZAS»

«El les dijo: Mirad, que no os dejéis engañar, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: «soy yo», y «El tiempo está cerca». No lo sigáis. Cuando oyéreis hablar de guerras y revueltas, no os aterréis; porque es preciso que sucedan estas cosas primero, pero no vendrá luego el fin. Entonces les decía: Se levantará nación contra nación y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos lugares hambre, pestes, espantos y grandes señales del cielo. Pero antes de todas estas cosas pondrán sobre vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas metiéndoos en prisión, conduciéndoos ante los reyes y gobernadores por AMOR DE MI NOMBRE. Será para vosotros ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preocuparos de vuestra defensa, porque yo os daré un lenguaje, y una sabiduría a lo que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Seréis entregados aun por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y harán morir a muchos de vosotros, y seréis aborrecidos de todos a causa de mi nombre. Pero no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. Por vuestra paciencia salvaréis vuestras almas. Cuando viéreis a Jerusalén cercada por los ejércitos, entended que se aproxima su desolación. Entonces los que estén en Judea huyan a los montes, los que estén en medio de la ciudad retírense, quienes estén en los campos, no entren en ella, porque días de venganza serán esos para que se cumpla todo lo que está escrito. ¡Ay entonces de las que estén en cinta y de las que estén criando en aquellos días! Porque vendrá una gran calamidad sobre la tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones. Habrá señales en el Sol, en la Luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas, exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las columnas de los cielos se conmoverán. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes. Cuando estas cosas comenzaren a suceder, COBRAD ANIMO Y LEVANTAD VUESTRAS CABEZAS, porque se acerca vuestra redención. Y les dijo una parábola: ved la higuera y todos los árboles, cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis por ellos que se acerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis estas cosas, conoced que ESTA CERCA EL REINO DE DIOS. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, PERO MIS PALABRAS NO PASARAN.



LA FE

(S. Lucas, 21, 8, 33)

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

L VII

SE MANIFIESTA LA GRAN SUBVERSION Y SU CONTRASTE LA NUEVA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY

Y, en fin, también un vértigo en la ciencia

Como si entrase dentro de los planes de la Providencia, la previsión de los enormes cambios del Mundo entero tras el vértice de 1917 —excúsenos el volver siempre a esta idea favorita—, he aquí que, en medio de tantas otras, en todo, acaece una revolución, sobrevenida, auténtica y no ilegítima, en la esfera de la Ciencia, pero que, al converger con las otras, da un tono aún más dramático a los nuevos tiempos en que se adentra la Humanidad toda, y, naturalmente, en ella la Cristiandad.

La analogía —osaríamos decir, sin embargo, centuplicada— se hace muy grande con el siglo XVI. Cuando, con el Renacimiento, Humanismo y Reforma se produce la mayor revolución acaecida dentro del primer milenio y medio de Cristiandad, la Providencia permitió que coincidiese con un primer progreso científico que viniese a confluír y agigantar aquel dramatismo. Entonces fueron la Imprenta, las Artes, los grandes descubrimientos geográficos; ahora, en este tremendo siglo XX es la explosión y desarrollo inesperados de todas las Ciencias, en especial la Física y la Química, que vienen a cambiar las condiciones materiales, casi cósmicas y universales, de una Humanidad en zarandeo sincrónico con las espirituales. Terremoto en el mundo del cuerpo y terremoto en el del Alma.

El progreso de la ciencia produce, y viene a su empujado por el especialismo extremado: el trabajo en cadena caracteriza la investigación. Y el desarrollo brusco es tal, que la especialización se hace indispensable: un solo cerebro humano —al revés de lo que acontecía con los grandes genios científicos del Medievo— ya no es capaz de abarcarlo todo. Y sólo de los especialistas salen —fenómeno, por tanto, a la inversa del normal— las grandes síntesis. Einstein era hombre de laboratorio antes de proclamar la teoría de la Relatividad, pero ha necesitado las experiencias de los físicos como Michelson, de Lorentz y del genial y extraño matemático Minkovski. Y la ciencia ya no es la obra de nuevos, pero personales, Leonardos de Vinci o de Newtons: ya es obra colectiva.

Una crisis socava el edificio entero del conocimiento

Maravillado por sus propios descubrimientos, el siglo XIX creía en la Ciencia; se fundaba en algunas leyes universales y simples, rigurosas y eternas. A pesar de sus descubrimientos, y quizá por estos mismos, al contrario del siglo antecesor, el XX se hace escéptico (con todos los peligros que esto comporta) y descubre que el descubrir no es nada. Los viejos principios básicos son sometidos a contestación unos tras otros; parece que la Ciencia se empeña en destrozarse a sí misma. Busca más problemas de los que puede resolver; pero, entre tanto, sus propios progresos le dan equipos experimentales que le abren interrogantes infinitos en el espacio y en el tiempo. En una palabra: sabe todo cuanto no sabe, y siente —¡y es una realidad!— cuánto el conjunto de las ignorancias es superior al de los conocimientos.

La razón ya no parece tener el carácter universal y absoluto que le atribuían las matemáticas. Pues bien: la pesadilla del siglo XX se extiende hacia éstas mismas: incluso en ellas se hallan contradicciones y obscuridades. Cantor ha desensadenado una crisis. Borel proclama que la razón halla límites dentro, incluso, de las ciencias exactas. Y así la misma ciencia matemática ha renunciado a sus antiguas ambiciones, que parece legar a la metafísica. La razón se siente limitada.

La crisis mayor se registra en la Física. El racionalismo ya no basta.

En la Física

Y en todo esto, seguimos haciéndonos eco de nuestro maestro, al que remitimos una vez más al lector, del verdadero espíritu diríamos humanamente profético de Maurice Baumont, tan citado.

El racionalismo científico se desagrega. En el origen de esta crisis tenemos la teoría de los «cuanta», enunciada por Mac Planck en 1900: nos habla de constantes universales, de la discontinuidad de la luz. Se produce la negación del «continuo», tan caro, naturalmente, a la razón humana: es el triunfo del

discontinuo. Bohr aplica la teoría de los quanta a la mecánica del átomo. Y es una mina, una fuente que anuncia otras aún mayores.

Einstein aniquila con su teoría de la Relatividad, las nociones clásicas y al parecer racionales de espacio y tiempo; a lo menos, así se pretende: nuestras medidas no son aplicables a los cuerpos celestes de las lejanas galaxias. Newton se sienta en el banquillo de los acusados, y no sin motivo, en un mundo sometido a fuerzas incognoscibles; queda roto, repetimos, el viejo mecanismo riguroso de la física clásica.

Crisis del determinismo. Con su mecánica cuantitativa y sus «relaciones de incertidumbre», remarca Baumont, Heisenberg (recientemente fallecido, al escribir estas líneas, en 1976), y *hablamos de cincuenta años atrás*, plantea en 1924 el principio de la indeterminación, que implica una acción del observador sobre el sistema observado. Queda calificado de quimérico el ideal de que el científico, acabando de conocer toda la serie de causas, pueda deducir los efectos. De su antigua situación dentro de la filosofía, el idealismo invade el terreno de la ciencia.

Es aquí que muchos distinguen entre lo observable y lo inobservable, y estiman, en consecuencia, que la ciencia debe contentarse en las leyes de la probabilidad. Con Eddington, enemigo de toda ley determinista, la física indeterminista elimina el principio de la causalidad.

Adopta, por así decir, una interpretación físico-espiritualista del mundo.

Grandes conquistas científicas: ultrasonidos, tipos de luz ignorados y naturalmente no perceptibles. El estudio de la radiactividad permite, en plenos años veinte, comenzar la exploración del mundo intratómico. Lord Rutherford lo ha desintegrado ya en 1919. Nos vamos al sueño de los viejos alquimistas: la piedra filosofal ya no parece tanto una quimera, ni la transmutación de la materia.

Ya en los años 20 el átomo es el sistema solar en miniatura. Anderson halla, en 1931, el electrón positivo, y Chadwick, en 1934, el neutrón. Fermi, que más tarde sería uno de los «padres» de la bomba atómica, disloca el átomo. Se descubren constantemente nuevos elementos radiactivos, sobre todo en 1933, por Joliot e Irene Curie.

Broglie establece por primera vez una síntesis entre los quanta y la teoría electromagnética de Maxwell: son el inicio de la «mecánica ondulatoria». Asocia a todo elemento material las nociones de onda y corpúsculo íntimamente ligados.

A partir de Raman, se desarrolla el estudio de los rayos cósmicos y su poder ionizante. Y es que la Química ha invadido la Física: la espectroquímica en la esfera de átomos y moléculas; la fotoquímica, estudiando la acción transformadora de la luz; la electroquímica, con sus inmensas aplicaciones industriales.

La Química no sólo ha llegado a reproducir artificialmente la mayor parte de cuerpos elaborados por los seres vivientes, sino que crea, por así decir, innumerables nuevos cuerpos. Síntesis orgánica: por las materias colorantes y fibras sintéticas ha transformado la industria textil; los plásticos contribuyen al desarrollo de la fotografía, del cine, etc.

Y de esta conjunción nace la gran ciencia actual: la FISICOQUÍMICA.

Ya no tiene sentido el separar la Física de la Química; ambas son una misma cosa.

Preludio de nuestra «Era atómica»

En una palabra: toda esta época de «Entre-dos-Guerras», derivada de la Primera, representa, en la Ciencia y en la Técnica un «boom» que, conjugándose, como tanto hemos ponderado, con la revolución general del intelecto, de las costumbres, del arte, de toda la vida humana —Y DE LA DESCRISTIANIZACIÓN, añadimos otra vez, volviendo a ver las cosas «sub speciae aeternitatis»—, representa toda una nueva manera de existencia de la Humanidad, toda una nueva Era de la Historia, en cierto modo tan distinta y tan grande como toda la que le ha precedido.

Y catástrofe terrible esto: que tal cambio profundo en todo, desde el alma a los cuerpos, desde lo intelectual hasta lo material, se realice bajo signo anticristiano.

Esta nueva Humanidad que prescinde de Dios, lo hace en el momento en que la Providencia permite que unos inesperados progresos de la Técnica, de la Ciencia, abran un modo de ser, de vida, hasta ahora desconocido.

Hasta aquí, la Humanidad, avanzando lentamente (aun cuando desde el 1800 en forma ya de progresión geométrica), había pasado del nomadismo y sus tiendas a las viejas ciudades. Pero, en el fondo, todo seguía un ritmo del tipo natural. Desde los «hábitats» de Egipto, Babilonia, Grecia, Roma, con sus templos y monumentos aún impresionantes: desde las maravillas de arte románico y gótico, a las mayores maravillas pictóricas y esculturales del Renacimiento; incluso hasta las ciudades modernas, pero de corte clásico, los París, los San Petersburgo, las Viena y Budapest, todo seguía un ritmo. Una progresión natural matemáticamente medible.

Pero, saltado 1917 y la I Gran Guerra, aun cuando de momento menos visible, ya incubaba el alud. La progresión supergeométrica —permítasenos la fantasía—, la superlogarítmica (con perdón para este barbarismo matemático). De 1925, que aparentemente aún guardaba armonías exteriores de la «belle époque» de la etiqueta y del vals, a 1945, en que estalla la bomba atómica sobre Hiroshima... ¡sólo median 20 años!

Y desde 1945 a este 1976 en que esto se escribe: ¿qué no ha adelantado la ciencia y la técnica?

Y es que ésta no sólo ha modificado la Humanidad bajo el punto de vista del terror y de la destrucción. Es la misma mentalidad humana la que viene influenciada por la Técnica. A cuyo servicio está. No es la Técnica al servicio del hombre: es el hombre al servicio de la Máquina.

Nuestros abuelos escogían sus esposas, consultando a sus padres y decidiéndose si eran bellas. Los cristianos las escogían buscando la pareja destinada por Dios a ser su compañera. Hoy, en ciertos sitios, la elección ya se confía a las computadoras.

La era de la computadora —que es coincidente— no es menos antihumana, no viene a aportar un cambio menos profundo en el modo de ser del hombre que la era de la energía atómica. Ésta acrece el dominio de la Naturaleza. La segunda, empero, parece borrar del cerebro humano el divino don libre de la inteligencia, para suplirlo con la máquina. Y es una realidad. Es terrible, pero es así. Con el solo cerebro del hombre no se hubiera llegado a la Luna. Aun cuando, es cierto, la computadora es producto de este cerebro del hombre, pero es criatura antropófaga que devora a su progenitor. El cerebro computador, y sólo él, ha dado la posibilidad de llegar a la Luna. E impone su superioridad: presenta su factura.

He aquí cómo la Providencia, en sus ocultos arcanos, permite el hecho pasmoso e inesperado (quizá ni buscado) de que coincida el olvido del hombre para con su Dios, con esta inesperada esclavitud que le ha caído de parte del tirano-máquina.

Grande cosa hubiera sido la invención de la computadora y de todo cuanto nos rodea en la época en que el cerebro humano tenía por prototipo al cerebro, cristiano y santo, de un Tomás de Aquino. ¡Pero hoy! ¡Precisamente hoy!

Ningún mal, ningún pecado hay en sí en este progreso fantástico, insospechado, científico. Pero, así como el hombre, por su culpa, se hace esclavo del Pecado, que es un mal, ahora corre el peligro —por coincidencia de épocas, designio misterioso de la Providencia— de que, no por su culpa, se vea esclavo de la Máquina. Y la conjunción de Máquina y Pecado puede y debe llevar a donde no hace falta tener ojos de lince para temer.

Conjunción de peligros

¿Es que vamos a ser tan pacatos que lleguemos, incluso, a renegar de los admirables progresos del maquinismo ersatz del cerebral-mecánico? En modo alguno.

Hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios,

el destello de su inteligencia es destello de Dios en definitiva. ¡Qué admirables cosas no nos trae este siglo xx!

Pero lo trágico, repetimos, es la concordancia, que un filósofo de la Historia, incluso quizá con motivo podría designar como «simple coincidencia», entre estos enormes progresos de la Ciencia con el declive de la Moral humana, y la consagración de su degeneración y, sobre todo, *ateísmo*. Una cosa da a la otra medios, armas, ambiente, teatro para la provocación de las mayores catástrofes sin cuenta que registra la Historia humana; repitémoslo, aun cuando es tópico: ¿no es su visible prólogo el «hongo» de Hiroshima?

No hay duda. En los caminos de la Providencia debía preverse existiría un Siglo xx en el que la rebeldía humana contra Dios, su Creador, coincidiría con la aparición, al servicio del hombre, de la propia criatura «robot» que éste había «criado». (Y decimos «criado», porque el crear es sólo de Dios.)

Y entonces es, quizá, cuando comprendemos mejor las visiones del Apocalipsis. Entre tanto, vemos al «robot», o la computadora, sublevarse contra su criador, como en el primer tiempo, en la Sinfonía de la Historia, allá en el Paraíso, la criatura se sublevó contra su Creador.

Ortega y Gasset nos señaló la «rebelión de las masas». Pronto, quizá, no sea un despropósito hablar sobre «la rebelión de las computadoras».

Ideas fuerza...

En la actual era, pues, la de la consunción de todos los peligros, y, por vez primera, la de las mayores fuerzas naturales con la del fruto de los más inesperados cerebros.

¿Es, quizá por esto, que esta época —llamémosla así si es que se nos reprocha titularla era— es la que recoge estas que tan felizmente han sido llamadas ideas-fuerza? ¿No son las ideas-fuerza las que han de arrastrar, como lo hacen las potentes excavadoras, los pedruscos fuera del caos, para arreglar misteriosos caminos?

Por esto no tenemos reparo, tras escribir cosas que para el lector pueden parecer cosa extraña (¿qué tendrá que ver, quizá se pregunte?), en volver a nuestro eterno «leit motiv». No. No es nada extraño.

Sobre caos como el nuestro —que parece tener semejanza o analogía con aquel primer Caos en que el Divino Espíritu «se movía sobre las aguas»— el encima del que Pío XI con inmortal fiereza y sobrenatural decisión hincaba su grande Idea-Fuerza: Cristo Rey.

LUIS CREUS VIDAL